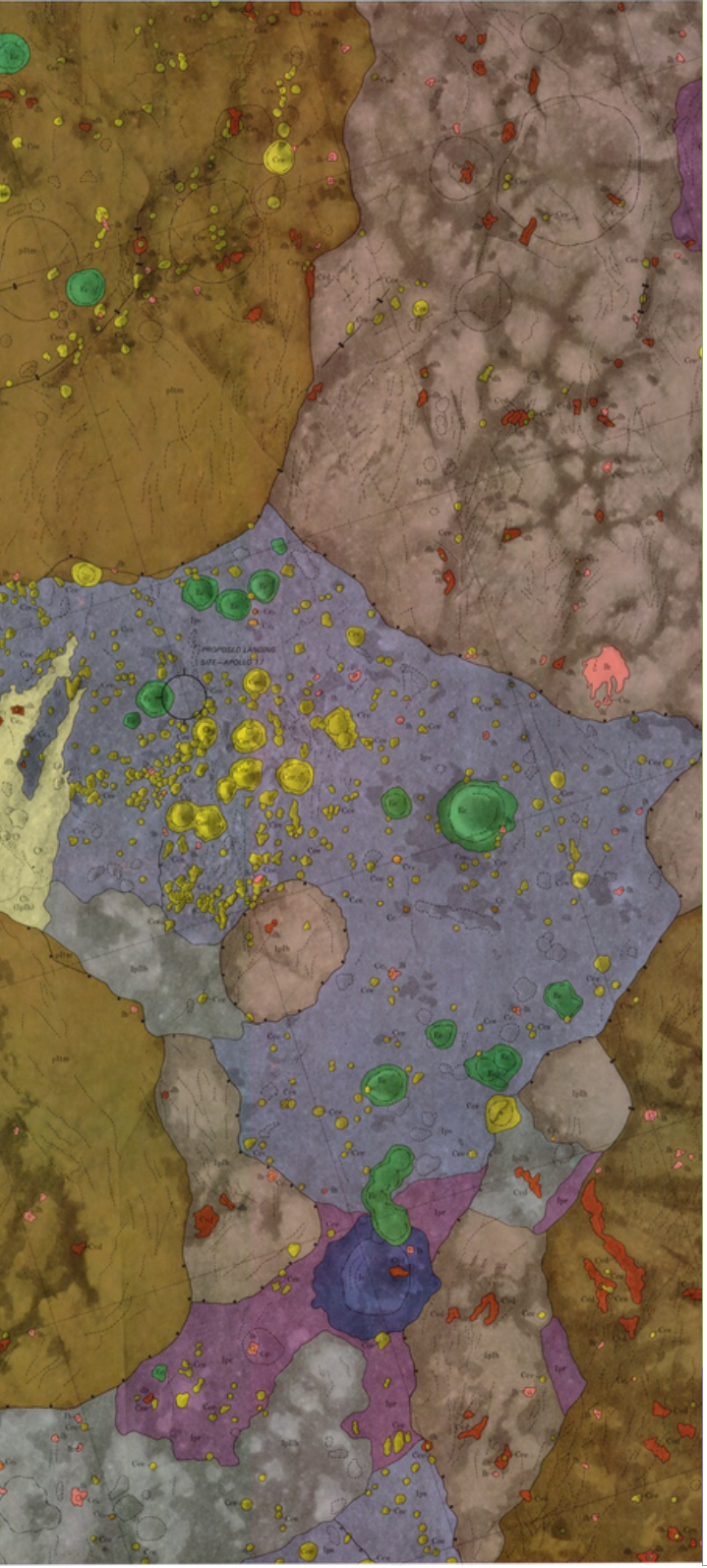


BALADÍ

fanzine

vol. 14
noviembre/diciembre 2022

Baladí es un fanzine periódico publicado por la Universidad para Mayores.

Este volumen, **número 14 de la tercera época**, salió a la luz el día 23 de diciembre de 2022, 141º aniversario del nacimiento del escritor español **Juan Ramón Jiménez**.

Consejo editorial:
Aitor Boada Benito
Marco Antonio Ramos Bermúdez
Rafa Yáñez Jato

© de los textos e imágenes, sus respectivos autores.

Los textos de la sección *La primera vez de...* han sido realizados *ex professo* para el Fanzine Baladí por los personajes públicos que los firman.

Ilustraciones, maquetación y portada: Aitor Boada Benito

Contacto:
baladi.um@ucm.es

UNIVERSIDAD PARA MAYORES
UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID



Nuestra portada

Mapa geológico del valle lunar Taurus-Littrow, un valle situado en la cara visible de la luna situado cerca de las coordenadas 20.0ºN 31.0ºE.

Fue el lugar donde alunizó la misión espacial Apollo 17 en diciembre de 1972, la última misión lunar tripulada hasta la fecha.

En este número

Pág. 6. **La primera vez de...**

Baladí

Pág. 8. **Apunta al pecho**

Piedras
Maite Aranda
Musas
Sergia Sánchez

Pág. 11. **Cuentos**

El casco rojo
Ana María Vázquez
El trebolito feo
Jesús Tejera
Intituladlo
Piedad Fabián
El abuelo
Miguel Sarmiento
La piedra mágica
Susana Villalba
Campaña contra el frío
Isabel García
La billetera perdida
Un cuento narrado
por Lola Azcona

Pág. 30. **Fotografía**

José Luis Amo
Caridad de las Heras
Irma Bucholska

Pág. 33. **Especial traducciones**

"El Hobbit", de J. R. R. Tolkien

Pág. 41. **Relatos del curso "Cómo escribir mejor"**

Pág. 62. **Mi foto favorita**

Pág. 63.**Ensayos**

El monasterio de Santa María de Nogales
Isabel Jiménez

En el centenario de un premio Nobel
Antonio Fernández
Los pasajes comerciales en el Madrid del siglo XIX
José Manuel Guijarro Esteban

Pág. 75. **Personajes inolvidables**

Francesco en "El sueño del gramático" de Eva Díaz Pérez
Roberto Amilburu

Pág. 77. **La kermés de Cándido**

El mejor país del mundo
Cándido Dean

Pág. 78. **Reseñas**

Músicas del COSMOS 2022
Raíces y alas,
de Manuel Broullón

Pág. 80. **El casette**

Tango
Mariano Dálnez

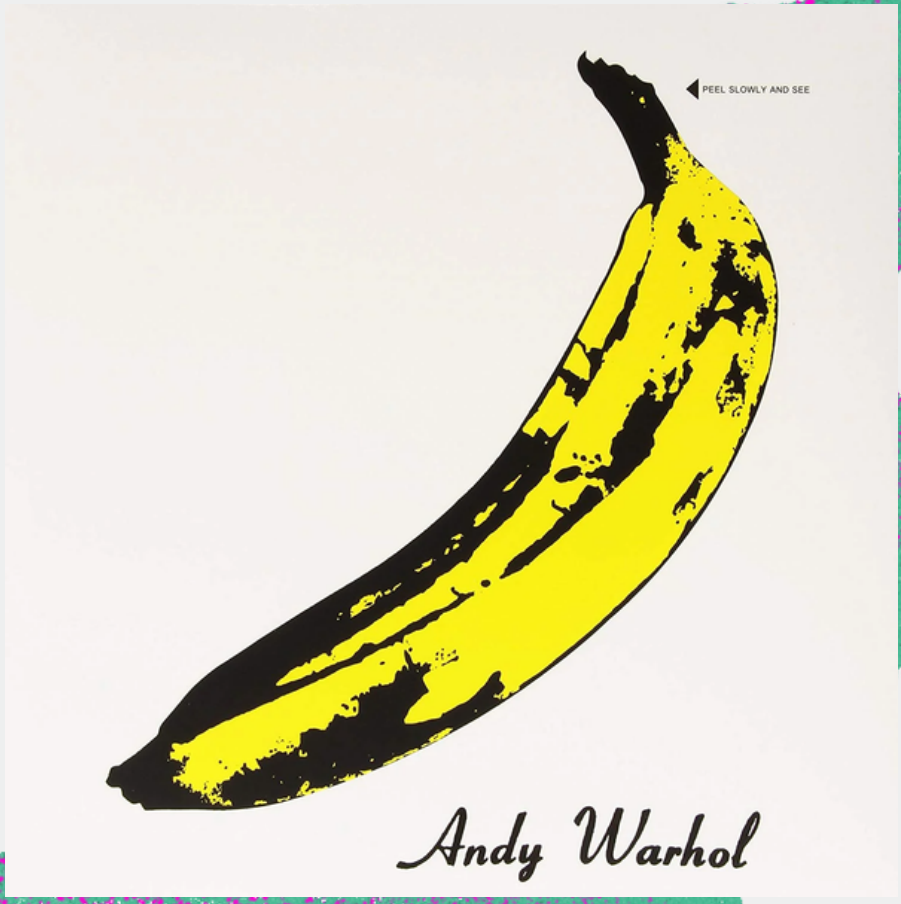
Pág. 81. **La viñeta de Junco**

Diciembre de 1966:

Se publica el single *Sunday Morning*,

Este single formó parte del icónico álbum The velvet underground & Nico, bajo la dirección del líder de pop art Andy Warhol, que también realizó la portada.

Comienza este viaje por el universo de la Velvet Underground



La primera vez de...

Baladí

La primera vez que vi la luz fue el 19 de diciembre de 2020: tenía tan solo veinte páginas y un millón de ideas.

Durante los meses más duros de la crisis sanitaria provocada por el Covid, nací como un espacio colectivo y seguro donde los estudiantes de la Universidad para Mayores pudieran colaborar e interactuar. Desde entonces ya han pasado dos años.

Ahora cuento con más de ochenta páginas, con nuevos apartados e ideas, con secciones propuestas por los estudiantes que surgieron al comienzo y que ahora continúan con más fuerza que nunca. Por esta misma sección han pasado grandes nombres de la cultura: Marta Sanz, Ana Rosetti, Benjamín Prado o José Luis Perales, por mencionar solo algunos.

También he disfrutado de las mejores voces de poesía en “Apunta al pecho”, he conocido a los maravillosos personajes que poblaban la sección de cuentos, he aprendido sobre otras épocas, lugares y culturas distintas en la interesante sección de ensayos, y he disfrutado de las fantásticas viñetas, fotografías y dibujos que han nacido y se han desarrollado en cada número.

Los comienzos dan miedo, pero solo es necesario confiar y dar las gracias. Estos dos años han marcado el punto de partida de un proyecto maravilloso con el que poder celebrar muchísimos años más de cultura.

Run run run



Apunta al pecho



Eileen Agar, Adam's Apple



Piedras

Maite Aranda

Fueron llegando en silencio, se escondían bajo aparentes razones de sabiduría, agazapadas entre razones de felicidad, y ya no valía un buen salto, no, era necesario acariciarlas, levantarlas, recolocarlas a un lado, para liberar el camino y seguir con la fuerza intacta. Ese ejercicio doloroso permitía vislumbrar nuevas razones, pero ellas, las piedras tozudas, seguían ahí, una tras otra; lo curioso es que parecían ponerse de acuerdo para no faltar nunca a la cita del camino, fuera éste hacia los montes, hacia el mar o los ríos. Y así es como las encuentro siempre, no cambian el color: blanco con algunas rayas artísticamente dibujadas por los dioses. Salté piedras de los ríos inesperados cuando acompañaba a mi padre a pescar truchas, era fácil porque su mano segura y fuerte me sostenía con paciencia. Vinieron tiempos en que las saltaba sola al subir al monte, sólo en algunas anidaba el musgo verduzco que crecía en las sombras húmedas. No imaginaba, entonces, que no todas las piedras son fáciles, aunque brillen engañosas bajo cualquier capa de sufrimiento.

Con los años fueron más y más insistentes y hostiles: parejas rotas, abandonos, trabajos inseguros, cambios de ciudad, amigos desaparecidos, llamadas dolorosas… las trasformaron en grises, fuertes, enormes, impasibles. Han sido el reto, el gran reto de la vida; sin embargo, no son imbatibles, he podido con ellas. Las he ido apartando una a una, les he dado el color que cada momento han requerido para ser yo quien las engañara: verdes en la espera pausada, anaranjadas en las asperezas confusas, añiles en lluvias sobrevenidas, rojas en rostros desconocidos, amarillas en las puertas cerradas. En esa lucha por volver a sus orígenes blancos se han ido restregando unas con otras, desgastando su fuerza, limando su dureza; se han recolocado, me han recolocado. Ahora, compartimos espacios templados, nos respetamos en distancias justas, hablamos en los silencios impuestos, resistimos engaños, reímos de los fervores que nos otorgan, nos abrigamos de las miradas, alisamos las manos ofrecidas. Y nunca olvidamos revestirnos de luces ante las nubes que acechan y moderarnos en la oscuridad indeseada. Compartimos la vida, jugamos a vivirla.



Ilustraciones. Diego Solas

Musas

Sergia Sánchez

Allí, donde espero,
hay un fondo verde de ciudad,
un remolino de hojas
que levantan raíles y fantasmas.
Allí, en la esquina,
bajo el azul
con matices de infancia,
donde los árboles
se ensanchan para acoger
el deseo de los cuerpos
y los días se convierten
en hormigas disciplinadas.
Allí, donde rondan
carpetas de folios blancos
como flores marchitas bajo el brazo,
y adoquines erosionados
por las huellas.
Allí, donde espero
a que llegue mañana
para seguir esperando.

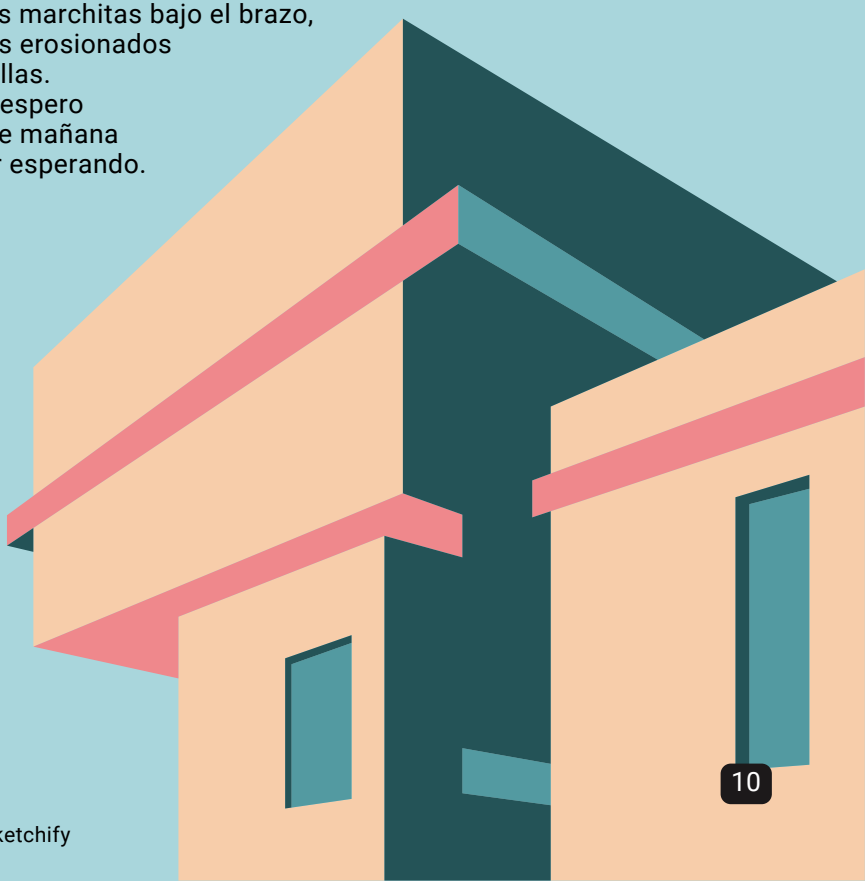


Ilustración: Sketchify

Cuentos



Ilustraciones en toda esta sección: Diego Solas



El casco rojo

Ana María Vázquez

Pepe, ya montado en su moto, dio la vuelta a la rotonda de Miriam Blasco, la del Tram. Se había puesto el casco rojo, llamativo, inconfundible. Sabía que tenía tiempo para trabajar porque era temprano, una mañana cualquiera, una más. Cuando enfiló por la Avenida del Historiador Vicente Ramos la vio. Iba cabizbaja, distraída, llevaba el bolso colgando de la mano, no del hombro, cruzaba la calle lentamente. El pajarillo en la rama, pensó y tomó su decisión; hizo la piruleta y retrocedió por donde había venido. La señora ya se estaba acercando a la Baker & Co. Él analizó la situación en un instante: a mano derecha estaba el borde del cantero de flores, el bolso iba en la mano izquierda. Rápido como la luz subió a la acera, aceleró y le arrancó el bolso. La mujer, sorprendida, cayó por la fuerza del tirón hasta quedar sentada en el suelo, con la espalda apoyada en el cantero de flores. Él había desaparecido.

Sin detenerse se desvió a la izquierda alejándose rápidamente, pero tratando de no llamar la atención. Por fin, después de unos cuatro minutos, se detuvo en el parking que hay detrás de Mercadona y Lidl. Tranquilamente se sacó el casco rojo, lo guardó en el cajetín de la moto y se puso el negro, confundible, impersonal. Se fue hasta la cercanía del Club Montemar. Allí volvió a detenerse y, ya más tranquilo, abrió el bolso que llevaba bajo la cazadora. La vieja no llevaba dinero, cuanto mucho una propina, comprobó con desprecio. El teléfono no era gran cosa, aunque algo valdría. La mañana empezaba floja. Pero algo había que le gustó mucho, una cajita alargada con una pulsera que parecía de oro, y así debía ser por el tipo fino de estuche. Llaves, documentos, tarjetas sin valor para él, poca cosa. No era una turista de billetera gorda. Tenía que afinar el ojo. Pero la pulsera… la pulsera le alegró el día. Esta noche iría a visitar a Zuleika, en el D´Angelo, y se la regalaría. Mientras tanto seguiría trabajando, aún era temprano. Necesitaba mucho dinero para gastar con esa mujer.



El trebolito feo

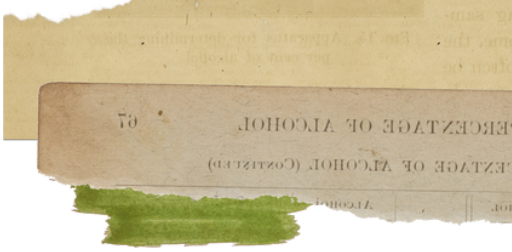
Jesús Tejera

Cuando nació la enfermera tuvo que dar la noticia a sus padres:
—El doctor me envía a informarles de que su trébol ha nacido con una pequeña malformación, tiene cuatro hojas, pero esto no le impedirá tener una vida normal, gozar de buena salud y vivir muchas primaveras.
Esto último era lo único que realmente importaba a los nuevos padres: "gozará de buena salud y vivirá muchas primaveras", no cabían en sí de alegría.
Pero los problemas llegaron cuando empezó a ir a la escuela, los demás tréboles se burlaban de él todo el tiempo:
—¿Cómo debemos llamarte: "¿Cuatribol?, ja,ja,ja...
—No eres igual que nosotros, deberían enviarte a un colegio para raritos que sean como tú.
Y así todos los días, demostrando lo crueles que pueden llegar a ser a veces los pequeños. El caso es que nuestro trebolito siempre volvía a casa muy triste, enjugando sus lágrimas para que su madre no las viera, aunque esta las presentía y se apresuraba a tomarle entre sus hojas y decirle:
—No hagas caso de los demás, lo que les pasa es que te tienen envidia porque eres el trébol más bonito que nunca hayan visto.
Al pequeño le cambiaba el semblante, su mamá y su papá conseguían hacerle sentirse en casa el trebolito más feliz de todo el jardín.
Pero llegó el crudo invierno y las hojas ya amarillentas de sus padres no pudieron resistir los rigores de una intensa nevada; al derretirse la nieve, nuestro trebolito encontró caídos los tallos inertes de sus padres, semicubiertos por el barro, lloró y lloró.
"Es ley de vida, la naturaleza es así" le decían sus vecinos, pero ya nadie le protegía ni consolaba de las maldades de sus compañeros, cada vez más desatadas según crecía su vulnerabilidad.
Como las cosas iban de mal en peor, antes de hacer ninguna tontería, decidió pedir consejo al trébol más sabio del jardín. Este le dijo:
—Mira, trebolito, debes asumir que eres diferente y aquí nunca vas a encontrar la felicidad, pero el mundo no empieza ni acaba en este jardín. Deberías tratar de viajar con tus raíces hasta otro jardín, quién sabe si más allá de los muros del nuestro existe alguno donde los tréboles tengan cuatro hojas, de modo que allí no te sentirías distinto a los demás.

El trebolito meditó las palabras del sabio y decidió hacerle caso: un día de lluvia, con la tierra reblandecida, aprovechó para sacar de ella sus raíces y dejarse llevar por el vendaval hasta donde este quisiera.
Acabó en un lejano jardín de tréboles; cuando dejó de llover y lució de nuevo el sol, todos le rodearon sorprendidos de ver por primera vez un trébol de cuatro hojas.
Trebolito temió lo peor, si todos cuantos le rodeaban empezaban a meterse con él habría cometido un error por hacer caso al sabio en lugar de hacérselo al más torpe de los tréboles de su jardín anterior, que le aconsejaba: “Quédate aquí, más vale lo malo conocido que lo bueno por conocer”.
Afortunadamente las intenciones de sus nuevos vecinos eran otras, empezaron a hacerse “selfies” con él, maravillados por su belleza única entre todos, le decían las palabras más amables y sinceras que trebolito hubiera oído nunca:
—Imagínate si uno puede ser guapo con tres hojas, con cuatro ya eres el colmo de la belleza.
Luego le preguntaban el nombre de su variedad botánica tan superior, él respondía:
—Yo solamente soy un trébol, como todos vosotros, y eso es lo que quiero seguir siendo siempre.
Un día se le acercó la trebolita más linda de su nuevo jardín y le propuso ser su marido, le aseguró que sería la plantita más feliz del mundo si aceptara su compañía y tuvieran juntos unos preciosos trebolitos, a lo que él contestó:
—Si nos nacen trebolitos con tres hojas, te llevarás una gran decepción.
Ella respondió:
—No son tus hojas las que me han enamorado, ha sido tu humildad e inteligencia, siendo el trébol más bonito que se vio jamás por aquí, nunca te mostraste arrogante. Es posible que nuestros hijos nazcan con tres hojas y media, pero lo que yo anhelo que hereden de ti son tus virtudes.
El autor de este cuento no sabe cómo se reproducen los tréboles, pero si un día encontráis, en un campo o en un jardín, tréboles de tres hojas y media, sabed, con toda probabilidad, que son los hijos de nuestros protagonistas.



Fotografía cedida por el autor



Intituladlo

Piedad Fabián

El calor me ha robado la lírica; el drama se expande en esta tierra seca; solo narrarlo convocará la lluvia, el granizo, la tormenta soñada. Lanzo señales de socorro a los dioses, pero se han extinguido entre las llamas. Huyo hacia el norte, sueño y añoro alguna ciudad invisible que escape, escondida, al ensañamiento de Helios. Impotente, sigo en el infierno, la canícula genera delirios.

Por ejemplo, me hace ser políticamente incorrecta, o incorrecta a secas, pero me atreveré a serlo, confiando en que la sensibilidad e inteligencia de mis lectores no me queme por hereje; no me condene al ostracismo; no me censure; no me castigue con algunos de los descalificativos simplificadores al uso. No, seguro que no, porque, quién sabe, si, puesto que la vida es ficción, Calderón dijo, esto no sea sino el monólogo de algún extraño personaje que sufre una enajenación bochornosa, en su variado significado.

La culpa acompaña la existencia del hombre, está en la génesis de su historia, así lo proclaman algunas religiones que exigen el sometimiento a un ser superior, un ser que nos inflige castigo y nos inocula el miedo a desobedecer. Ya vivimos con la carga de ganar pan con nuestro sudor, de parir con dolor, del infierno eterno, de la ira de Dios...Y acostumbrados a esos castigos, tal vez ya perdieron su eficacia, aumentan los escépticos. Una nueva culpa que active el miedo es necesaria. Y ya la tenemos: seremos los culpables de cargarnos el planeta. Nuestros hijos y nietos heredarán una tierra inhóspita en la que la vida será imposible. Hemos llevado el planeta, nuestra casa, a su dolorosa extinción. ¡Qué soberbia la que nos otorga ese poder sobre el Universo! Ni Faetón, hijo de un dios, experimentando en su carro de fuego, causó tanto daño .Nuestro poder lo supera. Otra vez culpables. Otra vez insubordinados, rebeldes , ambiciosos. Quisimos construir una torre que llegara al cielo; gozar la fruta prohibida; acceder al árbol de la ciencia; las consecuencias ya las hemos mencionado, las conocemos, las sufrimos. Ni la muerte de Cristo consiguió nuestra vuelta al paraíso, se nos perdonó, dicen, pero ya lo recoge la sabiduría popular “El que se exilió a Sevilla…” se acabó el confort.

Y ahí hemos vuelto. Ahora, arrogantes, nos atrevemos a decidir sobre la Vida, la hemos arruinado, sí, pero podremos evitar su descomposición total. Bastará con aceptar los sacrificios que expertos sacerdotes de la causa nos impongan: el miedo al apocalipsis ayudará. Empieza una nueva expulsión del paraíso. No disfrutaremos del calor cuando en el planeta hiele; del fresquito viendo la tierra arder; de la luz si en el universo oscurece.
La caverna espera; retraso de siglos. El bienestar conseguido nos será expropiado, ese será el castigo, sin perdón, nadie nos redimirá,. Ya no hay kamikazes. El vicario de Cristo tiene su paraíso privado. Sólo quedan impostores

---

Espontánea manifestación narrada de la desesperación contenida. La naturaleza me vence, yo evito la locura y en eso están mis horas. Qué pérdida, qué abulia, me arde el descontento Y así, ad infinitum. Nombrarlo “tardes de estío” sería una impostura, un perverso trampantojo, intituladlo, perspicaces lectores, como el ingenio os dicte.



El abuelo

Miguel Sarmiento

Era una vez

Un abuelo que vivía solo en el pueblo, le gustaba la naturaleza, la soledad y el recogimiento, era solitario, pero tenía un gran mundo interior, cuyo centro era su única nieta.

Su semblante era serio, de facciones de payaso triste, le decía su nieta:
--Abuelo quieres que venga a verte y parece que no te alegras, siempre estás serio.
--Sabes que lo que más quiero en esta vida es que estés a mi lado, que te vean mis ojos. No sé cómo tengo el semblante, pero mi corazón rebosa de alegría.
--Pues no se nota, tienes máscara de persona que no es feliz.

Al abuelo le florece en sus labios una sonrisa triste, marchita, nostálgica y acercándose a su nieta la estrecha con ternura, estampando un beso en su frente.

Las visitas de la nieta son cortas en tiempo y espaciosas en días; esta alegre-tristeza marca más cada día su rostro. Sale a despedirla a la puerta y ella lo mira dolida, no ve felicidad ni brillo en sus ojos:
--Abuelo, es que tienes esa cara de enfadado, de serio, que no se transforma ni cuando estoy contigo, parece que no te alegras de verme.
--Mi niña,--dice forzando una sonrisa,-- sabes que aunque mi cara sea una máscara triste, tengo estas facciones de nacimiento, mi corazón está colmado de felicidad.
--Es que el corazón no lo veo abuelo.

Se marchó dándole un beso en la mejilla.

Él quedó serio, un poco triste, pero desbordado de ilusiones el corazón; era una jovencita llena de vida, de proyectos, rebosante de alegría, la juventud florecía en su persona.

Pasaron los días, las semanas, varios meses, la última carta hablaba de estudios, proyectos, amigos nuevos…Su existencia se reducía a la soledad y a soñar con su nieta. Eran dos mundos: uno autodestructivo, no se centraba en lo que leía, vivía sin amor; el otro, creativo, el mundo de felicidad que envolvía a su nieta, su amor inquebrantable. Esta dicotomía marcaba su vida, su carácter.

Iba alejándose de la realidad, cada vez más difícil, pero se obligaba a sonreír mirándose al espejo, para cuando viniese su nieta se sintiera bien y fuese feliz porque veía sonreír al abuelo.

Se fueron creando dos mundos paralelos; en su cara se fue creando una máscara de payaso alegre, mientras que en su corazón crecía una carcasa cada vez más dura para defenderse de la realidad.

Lo que más deseaba era que viniese su nieta y le viera la cara alegre, sonriente, así lo visitaría con más frecuencia. Se fueron sucediendo máscaras alegres y días de soledad, de tristeza profunda que arrastra a mundos desconocidos, oscuros, dejando traspasar algún rayo de luz, porque el amor siempre espera. El no recibir amor hace una herida sangrante, la soledad martiriza, el espejo es un insulto, se había cansado de modular gestos para agradar a la nieta.

La muerte le sorprendió un día que estaba muy triste el corazón y su cara sonriente. Los vecinos avisaron a la nieta, esta lo dejó todo y vino a despedirse del abuelo. Cuando llegó estaba en un ataúd en su habitación sobre el somier de la cama, cubierto con un sudario. La nieta lo miró con curiosidad, tenía el gesto sonriente. Se acercó a darle un beso en la frente fría y notó como si tuviese una careta puesta.

Pidió a la poca gente que había velándolo que saliese fuera, quería estar a solas con el abuelo un momento. Cerró la puerta, se acercó a su rostro y con la uña trató de despegar lo que ella creía que era una careta. Cuál fue su sorpresa al ver que el abuelo no sólo no tenía una careta, sino que tenía muchas superpuestas, una, otra, otra… Al rozar su piel y no tener más máscaras, descubrió, sorprendida, que tenía un gesto natural de payaso alegre.

¿Sabría que iba a venir a su entierro y quería expresar su alegría por mi última visita? ¿Si tenía el gesto alegre, por qué se puso esas caretas?



La piedra mágica

Susana Villalba

Hay veces que la magia desafía a la razón y al escepticismo, desafía a la creencia de que nada es posible, de que no merece la pena el esfuerzo porque en realidad nada tiene la mayor importancia y que todo se deshace en y con el tiempo. O eso creemos. Pero de repente, un sencillo trozo de piedra sobrevive, así, sin más, durante varios siglos que rozan un milenio, y un rostro pétreo pero plagado de emoción cuenta toda una historia. La de un hombre que parece escuchar dentro de sí la inspiración que llega para tocar ese instrumento. La música de una lira o un arpa se escapa de la quietud de lo puramente material que sujeta la cornisa y se escucha en el infinito espacio de los tiempos. Nadie sabe quién es ese hombre, sus facciones, afinadas y gráciles le hacen distinto de monstruos, imágenes bíblicas o guerreros de cota de malla que comparten con él su acomodado tejado de piedra y madera.
Él sueña, espera y desea que su música atraviese el corazón de los que se acerquen al templo y los conmueva. Quizá piensa que las notas arrancadas a su instrumento, que sus dedos posados sobre las cuerdas tejidas por los canteros mezclan y lanzan al aire, lleven buenas nuevas o alegrías para mover los cuerpos o, por qué no, melancolías de nuevo cuño a todo aquel que esté dispuesto a pararse y escuchar lo que le está contando el sonido. El hombre, de delgados labios y ropajes con cierto toque aristocrático no mira sino la música que brota de dentro. Toca una cuerda, y luego otra y otra más y de ese don de saber crear emociones con un objeto tan simple, él espera mucho: que el gozo y la belleza de sus sones lleguen más allá, a cualquier confín y, otra vez, la magia de la música se haga realidad.





Iglesia de San Julián y Santa Basilisa. Rebolledo de la Torre (Burgos)
Fotografía: Susana Villalba.



Campaña contra el frío

Isabel García

Este año el frío ha venido con Loli, pero Sebas casi ni lo nota. La conoció en el bus del servicio especial que, al anochecer, recoge a las personas sin hogar para trasladarlos al albergue. Funciona durante la campaña contra el frío que pone en marcha el Ayuntamiento. Loli y Sebas viven en la calle y llevan la casa a cuestas. En esta época del año, Sebas procura pasar las noches bajo techo. Sus pulmones han librado varias batallas a muerte y no resistirían un mal catarro que pudiera complicarse. Hoy es el cumpleaños de Loli y había pensado alquilar una habitación en una pensión barata, para pasar la noche juntos. Llevaba días ahorrando para darle la sorpresa. El subsidio para mayores de cincuenta y cinco no da para mucho, pero este mes había conseguido gastar lo justo para poder permitirse ese regalo para Loli. Llevaba el dinero en el bolsillo interior del anorak, pero está vacío. Aunque no se explica cómo ha sucedido, piensa que han debido de robarle. Esta mañana lo tenía, claro que lo tenía, cuando se levantó de la litera, en el albergue, lo sacó de debajo de la almohada y lo metió de nuevo en el bolsillo. Lo peor de todo es que, aunque Loli no sabe nada, Sebas está seguro de que esperaba algo así. Y ella se lo merece, porque ha devuelto un poco de ilusión a su vida.

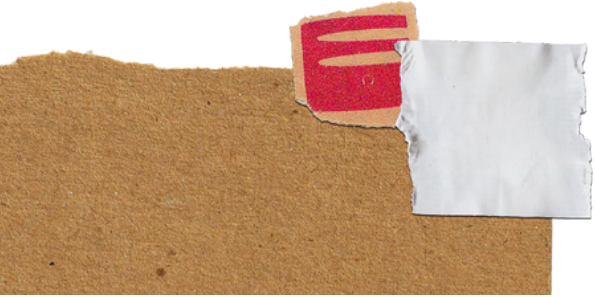
El primer día que la vio fue mientras guardaba cola esperando al autobús, en la parada que hay junto al rio. Ella estaba un par de puestos por delante de él. Un anciano que vociferaba insultos al viento y un joven muy delgado, con una abultada mochila llena de mugre a la espalda, los separaban. En un instante, el viejo empezó a dirigir sus improperios hacia Loli. La llamó puta, guarra, viciosa, cerda y cosas semejantes. Sebas aún no la conocía. Lo cierto es que quizá no hubiese reparado en ella si no hubiese sido por la actitud del anciano. Le pareció ver que estaba asustada. Fue entonces cuando no pudo por menos que adelantarse y, dirigiéndose hacia el hombre, le mandó callar. Los trabajadores del Samur Social se acercaron, e hicieron que Sebas regresara a su lugar en la fila. Entonces, Loli agarró a Sebas del brazo y, temerosa, volvió con él a su puesto. Los del Samur se quedaron con el viejo, intentando calmarle. Sebas, que pronto olvidó la disputa, se giró hacía ella y le preguntó su nombre, Loli, le dijo, Sebas, contestó presentándose, y subieron juntos al autobús.

La verdad es que no es el lugar ideal para iniciar una historia de amor, porque el ambiente que se crea en un sitio así, cerrado, lleno de gente con carencias de todo tipo, algunos sin asear, ebrios otros, o al borde de la locura, o de la desesperanza, o disminuidos por la vergüenza o la resignación, resulta asfixiante. Sebas lo sabe, porque desde hace cinco años, cuando el juego y el alcohol fundieron su anterior vida, empezó a frecuentar ese tipo de compañías, se convirtió en uno de ellos, aunque en este tiempo el instinto de supervivencia le ha enseñado a ser cauto. La desesperación suele ser mala amiga de la benevolencia y basta una mirada mal interpretada para que salten chispas y que un sitio así se convierta en un polvorín. Los muchachos del samur siempre están al acecho, procurando evitar que las emociones y los modales tomen caminos equivocados. Todos saben que tienen que respetar las normas si quieren dormir calientes, pero no siempre lo consiguen. Pero aquel viaje fue para Sebas gloria bendita, y si hubo algún amago de altercado después de lo de aquel viejo, le pasó desapercibido, porque solo tuvo ojos para Loli.

Y así fue como se conocieron, así, por casualidad, como suele ocurrir, porque, pese a todo, las circunstancias y el lugar son lo de menos para que un hombre y una mujer se enamoren. Aquél primer día, durante el trayecto, charlaron, Luego, al llegar al albergue, tuvieron que separarse para que les asignasen habitación. Sebas recuerda que tuvo suerte ese día, porque pudo elegir litera. Cuando llega a tiempo siempre escoge una de las camas de abajo y si es posible la que esté más alejada de la puerta. Puede que sea una manía, pero siempre tiene en mente esa pesadilla. Empezó a tenerla cuando estuvo ingresado en el hospital, por culpa de la pulmonía que estuvo a punto de matarle. Allí se repetía cada noche. Las puertas y las ventanas se abrían de golpe, dejando pasar el gélido frio del invierno, convirtiendo la humedad de la habitación que ocupaba, en gotas que asomaban de detrás de los armarios, por los marcos de las puertas, por los enchufes de las paredes. Formaban regueros y ramificaciones que corrían por techos y tabiques, solidificándose en hielo, que terminaban por tomar forma de dedos y de manos que se deslizaban buscándole, para llegar hasta él y aprisionar su pecho congelando el poco aliento que sus pulmones aún eran capaces de exhalar. Y cuando esas manos heladas estaban a punto de alcanzarle, otra, invisible para él, conseguía cerrar las puertas y ventanas y entonces se deshacían convirtiéndose en pequeñas lágrimas de agua que se precipitaban por las paredes hasta evaporarse.

Por eso, por si la pesadilla llegaba a convertirse alguna vez en realidad, siempre le daba seguridad dormir alejado de cualquier hueco que pudiese estar abierto al exterior. Recuerda que aquella noche, la que conoció a Loli, las plazas no se completaron, solo estaban ocupadas tres camas de las seis dispuestas en la habitación, y cuando se acostó todos sus pensamientos fueron para Loli. Fue una noche tranquila, se durmió pensando en su risa. Le había gustado. Reía todo el rato poniendo su mano delante de la boca. Sebas había observado que le faltaba algún que otro diente y pensó que con ese gesto ella pretendía disimularlo. Pero al sonreír sus pequeños ojos se iluminaban y las arrugas que se le marcaban alrededor le daban un aire de niña pilla que le encandiló. Llevaba el pelo muy corto, diría que casi rapado, y su delgadez era extrema, la puta droga, le dijo mientras su mirada se ensombrecía, la muy puta me ha convertido en una pavesa, pero aquí estoy. ¡Con la Loli no hay quien pueda!, y entonces sus ojillos cambiaban y la risa volvía, mientras su huesuda mano intentaba contenerla para no dejar ver más allá. ¡Cómo le hubiese gustado darle hoy esa sorpresa! Ofrecerle una cama caliente, un blando colchón y un baño, aunque fuese compartido.

Desde ese día han ido pasando más ratos juntos. Cuando coinciden en el albergue quedan a la salida, después del desayuno. Suelen pasear por la ciudad. Deambulan por las plazas, por las calles, por los parques. Comparten los bocadillos, y las risas, y los llantos cuando hablan de sus miserias y de todo lo perdido. De sus hijos, de los que nada sabe desde que su madre desapareció con ellos cuando, por su culpa, les desahuciaron de la casa; de los de Loli, a quienes apenas conoció, porque según los paría los dejaba en el hospital, a merced de la asistencia social, para tirarse a las calles en busca de colegas con los que compartir heroína y jeringuilla; de la cantidad de tiempo que ha pasado desde entonces y de lo mayores que ellos se están haciendo. Pero no todos los días coinciden en el albergue, a Loli no le gusta demasiado frecuentarlo. Solo lo hace cuando se prevé una noche en que el termómetro no subirá de cero, y, aun así, a veces, no se deja convencer por los voluntarios que le ofrecen café e intentan persuadirla para que vaya. Mi sitio está en la calle, contesta.



Tiene su lugar bajo los arcos del viaducto, donde ella y otros montan su campamento particular, y acumulan cartones, trapos y mantas con las que guarecerse en la noche. Sebas, tienes que quedarte una noche conmigo, le insiste, solo una noche. ¡Me gustaría tanto dormir a tu lado! Él no dice nada y ella continúa ¡Pero hombre! ¡Si los cartones nos darán calor! Te lo digo yo. Y le intenta convencer de que duerma con ella bajo las viejas mantas, que aguardan disimuladas durante el día cubiertas por los cartonajes, y que asegura son perfectas para formar su particular nido de amor, para protegerlos del frio y de la vista de los demás que comparten con ella el campamento. Y me pegaré a ti y nos abrazaremos y pondremos tu transistor muy bajito, en la emisora esa que ponen música romántica, y verás, Sebas, verás que gustito ¿Qué te parece el día de mi cumpleaños? Él, que ya le he explicado sus problemas de salud, sonríe y se lleva la mano al pecho, mientras niega en señal cariñosa con la cabeza. No puedo, Loli, ya conoces el motivo. Y ella se ríe, y Sebas la besa en el cuello y le guiña un ojo y por eso sabe que ella se imagina algo, y que hoy espera una sorpresa. Pero sus planes se han chafado y no puede permitirse dormir bajo los cartones, sus pulmones no lo resistirían. Solo durante el buen tiempo pasa las noches bajo los soportales de la parte trasera de un bloque de viviendas que quedan frente a un solar que nadie frecuenta. Suele compartir el lugar con un muchacho joven, algo desnortado, que ni tan siquiera sabe de su procedencia.

Algunos días, Loli y Sebas acuden juntos a los comedores sociales para comer caliente, otros con el paquete de comida que les dan cada semana los de la Cruz Roja, improvisan un modesto banquete en su campamento del viaducto, o en los soportales que él comparte con el muchacho. ¡Cómo me gustas, Sebas! Dice Loli mientras le revuelve el escaso pelo blanco. ¡Tú si qué me gustas, Loli! Contesta Sebas mientras la abraza o le coge la cara entre las manos para darle un suave beso en los labios. Poco a poco ha ido dejando de llevarse las manos a la boca cuando ríe. ¡Ay, Sebas! Decía al principio ¡Si es qué tengo la boca muy fea! ¡Qué no, tonta! Si eres preciosa. Y así su amor ha ido avanzando. Buscan con frecuencia la intimidad que puedan ofrecerles los cartones o los soportales que dan al descampado, mientras mandan al muchacho a airearse si es que está por allí. Pero cada noche, Sebas coge el autobús en la parada del rio y vuelve al albergue para procurar a sus pulmones el mínimo cuidado que necesitan, dormir bajo techo en las noches frías del invierno. Loli a veces le acompaña, aunque una vez allí se separan. Los hombres a un lado, las mujeres a otro. Pero la mayoría de las veces ella se queda en la que considera su choza, como suele referirse a la construcción que tiene hecha con los cartonajes que la esperan bajo el viaducto. Sebas, ¡Quédate conmigo una noche! Le insiste.

Sebas ha quedado con Loli para merendar en el comedor social de la iglesia. Tenía pensado contarle el plan a la salida y luego ir dando un paseo hasta la pensión. ¿Quién habrá sido el maldito que le ha robado? Pero al meterse la mano en el bolsillo del pantalón, los dedos se rozan con algunas monedas. Es entonces cuando piensa en pasar por la plaza de los puestos de flores y comprarle alguna flor. En la floristería le venden dos claveles rojos por un euro. Le ha pedido al dependiente que los envuelva en papel de celofán y que los acompañe con unas ramitas de verde. Cuando va llegando al comedor social la ve ya en la fila, guardando turno. Se acerca y la abraza, ella sonríe. Lleva carmín en los labios. Feliz cumpleaños, Loli, y le ofrece los claveles. Ella los coge, los huele y después le besa. Se queda callada, como a la espera de algo. Sebas tampoco dice nada. Meriendan café con leche, madalenas y una naranja y cuando salen a la calle ya está oscureciendo. Sin preguntar, Loli dirige sus pasos hacía el viaducto. Sebas la sigue. Te vas a quedar ¿Verdad, Sebas? Dime que te quedas. Y su mirada de pilla le enciende la cara. Él piensa en contarle lo de la pensión, lo del robo, que no puede ofrecerle más que los claveles, que no tiene pensado quedarse, que la noche se espera fría, que el termómetro caerá por debajo de cero y que sería mejor que los dos fuesen al albergue, pero no lo hace. La sigue sin poderse negar, asumiendo lo que le depare el destino. Sebas se da cuenta de que ella piensa que ese es su regalo, y no puede defraudarla. Cuando llegan bajo los arcos del viaducto, Loli prepara los cartones alrededor de un sucio colchón, extiende las mantas y ahueca una vieja almohada cubierta por una funda con estampado de flores. Saca de su mochila una linterna, y un brik de vino y un paquete de galletas saladas, y lo dispone todo. Estamos solos, Sebas, la noche es nuestra, dice con picardía mientras improvisa con los cartones algo parecido a una pequeña tienda de campaña, y se meten dentro, sobre el colchón, y comparten el vino, y las galletas, y Sebas enciende el transistor y la linterna, y se oye la música y se besan, y enseguida se desabrochan la ropa con urgencia, y recorren con las manos sus cuerpos, y después de amarse, se quedan abrazados, envueltos en las mantas, agotando las últimas horas de la tarde como si de la noche se tratara.



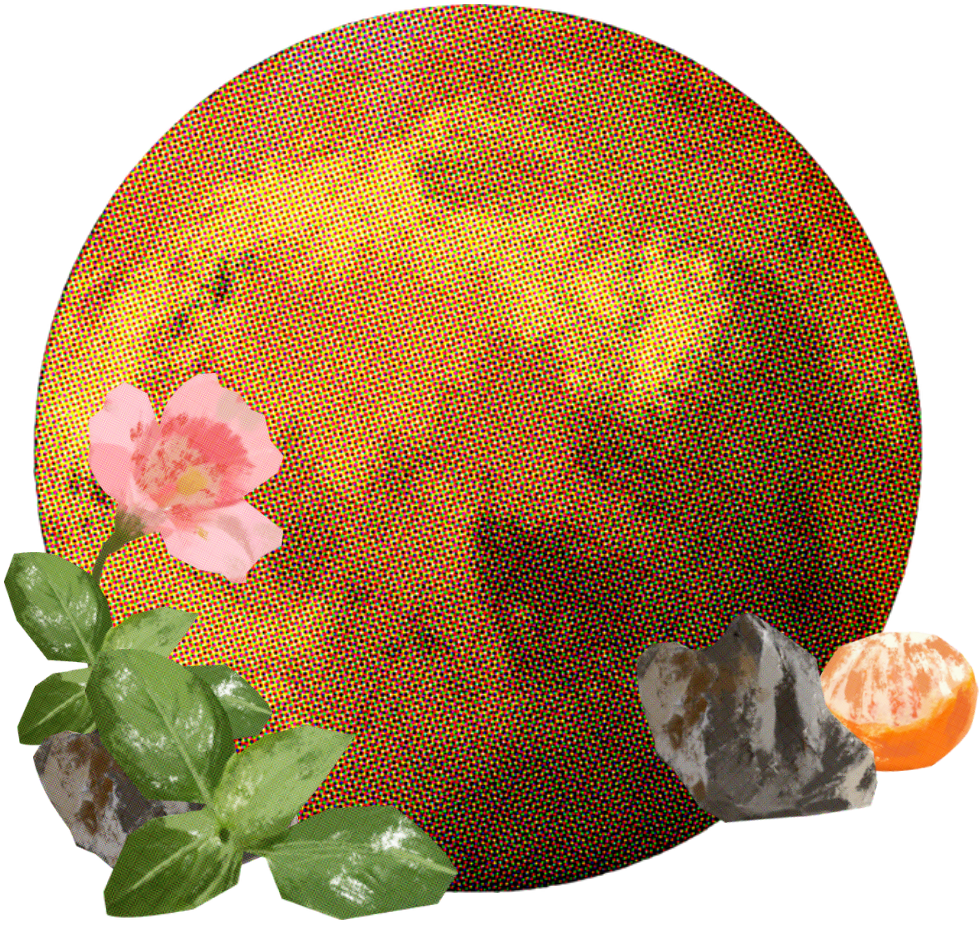
En el transistor suena la señal horaria de las veinte, la hora en que el autobús sale de la parada del rio. Se espera que en la capital la temperatura baje hasta los cuatro grados bajo cero, informa el locutor. Pero ya no hay vuelta, Sebas se enreda más si cabe entre las mantas y abraza a Loli que no tarda en quedarse dormida. Apaga la radio y la linterna y piensa en dormir, nada más que en dormir. No quiere pensar en más. Mañana será otro día. Siente las vibraciones de las columnas del viaducto cuando pasan los coches por encima, y oye la respiración acompasada de Loli, que a ratos se hace fuerte y sonora. No tengo frio, ella va a llevar razón con lo del poder aislante de los cartonajes, piensa, y se relaja, y se abandona al sueño. Y aún no ha amanecido, cuando se abren las puertas y las ventanas, y ve aparecer los regueros de agua que se congelan, y que se convierten en manos, con sus dedos, que penden de brazos que corren por las paredes o quizá por las columnas grises que soportan el viaducto y bajan hasta los cartones, y los empapan y los deshacen y hurgan entre las mantas y nadie viene a cerrar esos huecos que se han abierto, porque no existen puertas que los cierren y le alcanzan y se despierta de golpe, entumecido, e intenta llamar a Loli, sin que le salgan las palabras, sin que pueda moverse, y los brazos de hielo avanzan y se enredan en su pecho en un abrazo frio y extenuante, sin que nada ni nadie lo impidan.



La billetera perdida

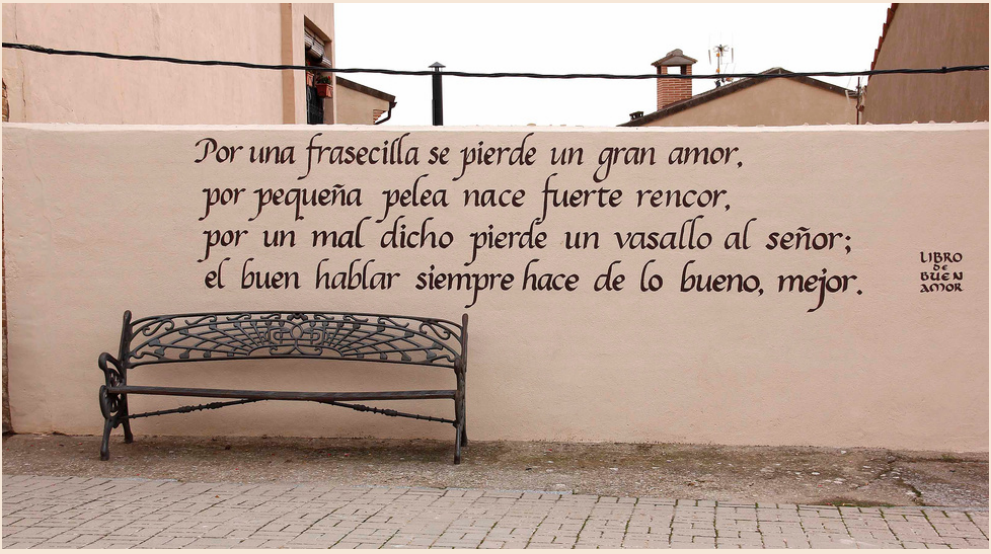
Un cuento narrado por Lola Azcona

Escúchalo aquí



There she goes again





Fotografía de José Luis Amo.
Alumno de la Universidad para Mayores



ص

Fotografía de Caridad de las Heras.
Alumna de la Universidad para Mayores



Fotografía de Irma Bucholska.
Alumna de la Universidad para Mayores

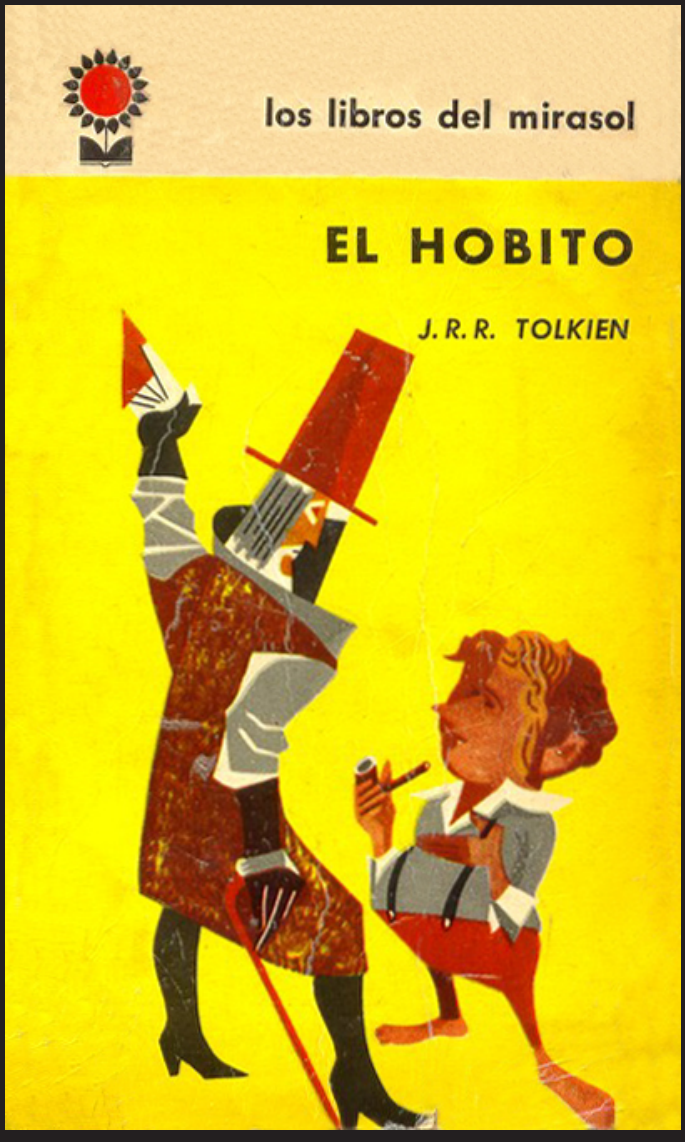
Especial traducciones:

"El hobbit", de J. R. R. Tolkien



30 de noviembre de 1964

Se publica en Buenos Aires, bajo el título "El hobito", la **primera traducción al español** de la novela "The Hobbit", escrita por el autor inglés J. R. R. Tolkien

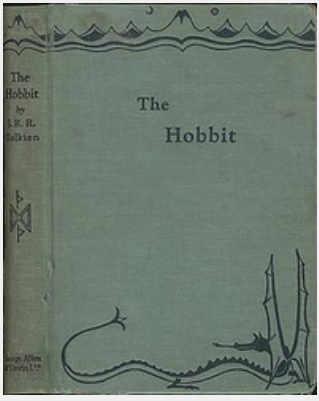


La editorial argentina Fabril Editora presentó en una única tirada la traducción de la novela realizada por Teresa Sánchez Cuevas



Cubierta de la primera edición inglesa (1937), con un dibujo realizado por el propio Tolkien

Sin embargo, esta traducción no estuvo libre de controversia. Incluso el propio Tolkien intervino para desaconsejar algunas de las decisiones en cuanto a la traducción.



Portada de la primera edición

El propio titulo es llamativo para los oídos actuales:

'Hobito' fue el elegido para traducir el término inglés *Hobbit*.
La editorial prefería el término *jobit* pues la h- es muda en español, pero terminó imponiéndose esa variante.

En la siguiente traducción al español, ya en 1982 y publicada en Minotauro, este término se conservó directamente del inglés. Así apareció en la película de 2001 dirigida por Peter Jackson y es ahora cómo lo recordamos.



Dibujo realizado por Tolkien

Otro de los aspectos más conocidos y controvertidos de esta traducción fue la línea que abría la novela.

En el original inglés, Tolkien empezó la novela de la siguiente manera:

In a hole on the ground there lived a hobbit

Las ediciones posteriores han traducido esta línea como:

"En un agujero en el suelo vivía un hobbit".

En esta edición, sin embargo, la novela empezaba de la siguiente manera:

"Había una vez un hobito que vivía en una cueva en la tierra"

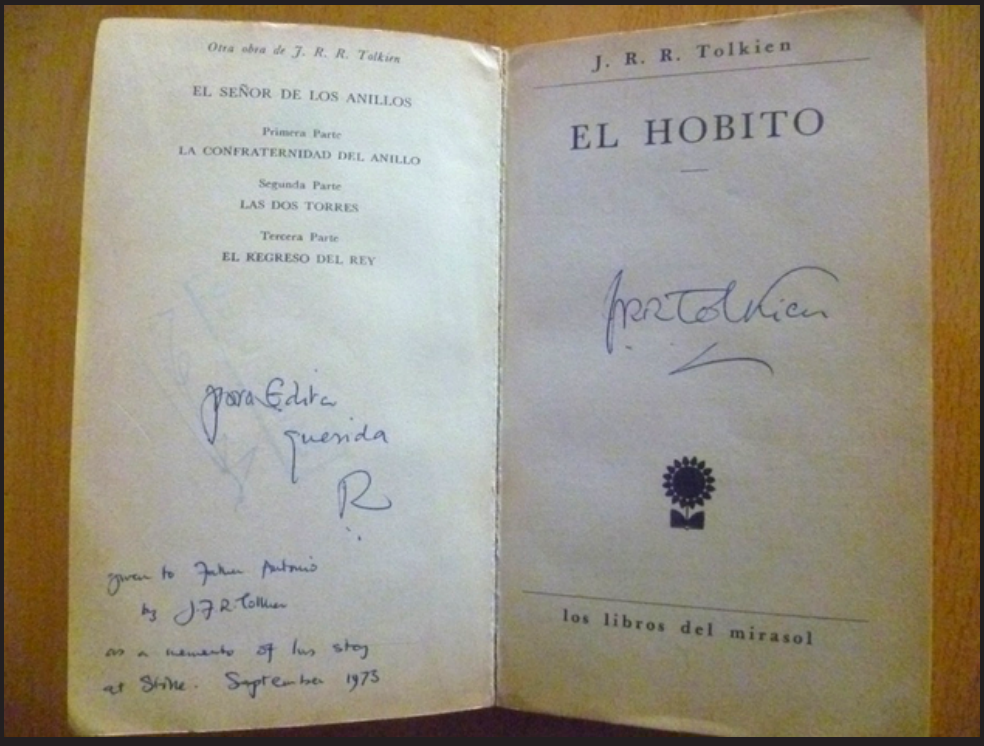
Este comienzo, tan tierno y propio de las obras infantiles y los cuentos de hadas, sin embargo, fue muy controvertido.

Tolkien manifestó en numerosas ocasiones su rechazo a los cuentos de hadas infantiles que siguen el estilo de Andersen o Perrault.

Sin embargo, a pesar de manifestar su desacuerdo en otros aspectos de la traducción, no sabemos si esta forma de abrir la novela hubiera agradado del todo al autor inglés.

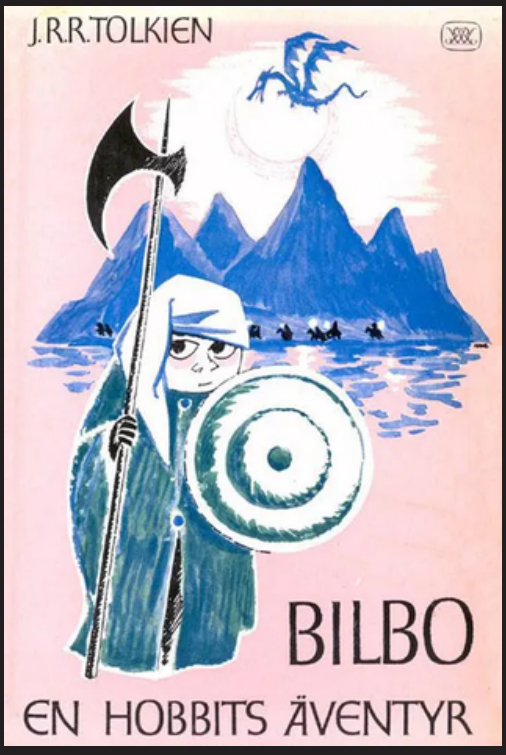
El escritor recibió por parte de la editorial varias copias de esta tirada -que, actualmente, es imposible de encontrar y es una de las más codiciadas-.

Un ejemplar se lo regaló el propio Tolkien a su esposa con esta dedicatoria: "para Edita [Edith] querida [,] R [onald]"



Fotografía. Tol Eressëa. Tolkien y su literatura

Otras ediciones de la obra









Edición sueca (1962) con las maravillosas ilustraciones realizadas por Tove Jansson.
Tove Jansson fue una galardonada ilustradora finlandesa de habla sueca,
conocida por haber creado los personajes de la familia Mumin







Edición rusa (1976) ilustrada por Michail Belomlinsky

Los siguientes relatos han sido realizados por los estudiantes del curso **Cómo escribir mejor**, impartido por la profesora María Luisa Regueiro.

Recuerdo del pasado

Mercedes Cristóbal

En las tardes de verano me sentaba en la entrada de casa a merendar los garbanzos verdes que me traía mi abuelo, y a esperar a que pasara Fructuoso. Me gustaba verle venir trayendo su caballo del ronzal. Fructuoso era alto, delgado, estirado, de paso lento y elegante. Su andar era el de un rey, siempre miraba al infinito, parecía el dueño del suelo y del cielo. Yo le seguía con la vista hasta que desaparecía por el camino. Creo que él nunca me vio.

Muchos le tenían miedo. Fructuoso era el loco del pueblo.

05/12/2022

Querido folio en blanco

Ruth Fernández García

Mi querido folio en blanco:

¿Por qué te tengo tanto miedo? ¿Cómo puedo poner en orden todas las ideas que bailan por mi cabeza?

Cuanto más me acerco a manuales para “escribir mejor”, más inseguridad siento, no te quiero fallar ni utilizar frases que no te gusten. Dicen por ahí que “El saber no ocupa lugar”. En mi caso queda mucho espacio por ocupar, que no quiero abandonar, sino más bien alimentarme cada vez más de Lecturas. Música, Cuadros, Esculturas, Monumentos. etc. ¡Cuántas lecciones e historias nos cuentan! Pero, eso sí, ¡hay que querer buscarlas para poder encontrarlas! Cuanto más sabemos de la vida de los autores y qué les llevó a componer, escribir, pintar esto o aquello, mejor podemos entender y disfrutar de sus obras. Por ejemplo, te voy a contar un poquito de lo que le llevó a Juan Sebastián Bach a componer una de sus obras más monumentales- bueno, todas lo son- ¸ el Oratorio de Navidad, que si quieres lo puedes escuchar [1] mientras sigues leyéndome o descansar un ratito para disfrutarlo, ya que estamos en periodo de adviento. Es una de mis obras preferidas, tengo muchísimas. Te he puesto este enlace porque se acerca mucho a la idea de cómo se cantaba en el siglo XVIII en las iglesias evangélicas alemanas; con coro de voces blancas y masculinas, acompañados por una orquesta en la que los músicos utilizaban instrumentos de la época: tres trompetas, timbales, dos flautas, dos cornos da cacica, dos oboes, dos oboes d’amore, dos oboes da caccia, cuerdas, clave y continuo.

Su compositor nació en Eisenach, (Imperio Sacro Romano Germánico), el 21 de marzo de 1685 y falleció en Leipzig en 1750. Conocedor y seguidor de las ideas protestantes del reformador Martín Lutero (Eisleben, 1483 – 1546), durante toda su vida trabajó como Organista y Kantor (el músico más importante de las iglesias protestantes alemanas), para las que tenía que componer, ensayar, interpretar música en función de las celebraciones litúrgicas o públicas, enseñar en las escuelas, donde se formaba, desde muy temprana edad, solo a los niños pues estas escuelas estaban vetadas para las niñas. Trabajó en la iglesia de Santo Tomás de Leipzig, desde 1723 hasta el final de sus días en 1750, donde está su sepultura.

Este Oratorio, compuesto en 1734, es un relato con música de textos de los Evangelios de san Juan y san Mateo, referentes a los 6 días conmemorativos de la Navidad; dividido en seis cantatas:

1ª Nacimiento de Jesús, Navidad, 25 de diciembre.
2ª La Anunciación, 26 de diciembre.
3ª La adoración de los pastores al recién nacido, 27 de diciembre.
4ª Circuncisión y adoración de Jesús, 1 de enero.
5ª Primer relato de los Reyes Magos, 2 de enero.
6ª Celebración de la Epifanía, adoración de los Reyes Magos, 6 de enero.

Nací en el seno de una familia madrileña de músicos y de creencias protestantes, en la que siempre se celebró la Navidad como “el cumpleaños de Jesús”. ¡Ya, ya!, ya sé que en los tiempos actuales le han quitado protagonismo otros muchos personajes venidos de otras tradiciones y culturas, que si quieres podemos hablarlo en otra ocasión…, hoy toca disfrutar de esta bella música y otras tantas igual de magníficas que nos dejó nuestro querido maestro Juan Sebastián Bach.

---

[1] caminodemusica.com › Bach › oratorio-de-navidad-de-bach-nikolaus-harnoncourtOratorio de Navidad de Bach - Nikolaus Harnoncourt

La rata

Mercedes Cristóbal

David es un pastor de mi pueblo, su rebaño de ovejas es de unas 400. Como pastor tiene la paciencia que le aporta la soledad en la que hace su trabajo, y la ciencia que adquiere de la observación, tanto de las ovejas como de la climatología y las experiencias del día a día, aunque a priori puede parecer que el pastoreo no tiene normalmente ningún hecho extraordinario. A pesar de la rutina diaria no baja la guardia en ningún momento.

Algunas veces, si el rebaño es más grande, sale al campo con otros dos pastores y siempre con sus tres perros. Los perros son de esa raza que no es una raza en sí, sino que son el resultado de una mezcla que selecciona lo mejor de los mejores perros ovejeros.

Los tres perros, Zar, Khan y Max, son sus más fieles ayudantes. Zar es el veterano, el responsable y el líder. Khan es el segundo del grupo; y Max, el más joven y un aprendiz aventajado. Los tres forman un equipo perfectamente organizado.

Max es su segundo nombre, en un principio David pensó en llamarle Kaiser, pero después decidió ponerle Marks, en honor de Carl Marks, para contrarrestar el poderío de los zares de todas las Rusias y los grandes khanes mogoles, y así tener un representante de la clase obrera en el grupo. Pero se ha quedado en Max porque el “rks” requiere más atención al pronunciarlo. Al final se quedó con Max porque para llamar a los perros siempre es más eficaz un nombre corto, de una sola sílaba y rotundo.

Cuando salen al campo, los cuatro se acercan donde esté recogido el rebaño y sin necesidad de dar ninguna orden saben lo que tienen que hacer. Los perros saben hacer su trabajo. En el campo, cada uno sabe dónde se tiene que situar. De acuerdo con movimiento del rebaño, cuando se desperdigan mucho las ovejas, David solo tiene que pronunciar el nombre del perro y este sale corriendo para reunir el grupo. Si la distancia es grande, con un silbido se arregla.

Al final de la primavera David se encontró un perro Pinscher miniatura que algún forastero abandonó cerca del pueblo, y así aumentó la cuadrilla de cuatro patas. La integración en el grupo no fue fácil. Era un perro pequeño, lento y no sabía hacer otra cosa que no fuese ladrar y ladrar. Reclamaba constantemente atención ladrando con ese ladrido chillón, como una rata que se mete hasta el estómago y te entran ganas de estamparle contra la pared. Era como un cáncer en el grupo. Lo que organizaban los tres profesionales lo desorganizaba él con su ladrido persistente, y volvía locas a las ovejas que no entendían qué pintaba ese fantoche allí.

Los ladridos del Pinscher tenía locos a todos, a David, a los tres perros pastores y a las ovejas que no entendían nada. Zar, Khan y Max se cuidaban de que aquella rata chillona no se acercase a su área de responsabilidad, y la rata aprendió que no era conveniente acercarse a los otros perros porque él ladraba muy alto, pero ellos tenían unos colmillos más grandes y el tamaño importa.

Cuando el rebaño estaba recogido en su redil, los tres perros ignoraban a la rata, estaban hasta el pico de las orejas de su ladrido y del caos que a veces creaba con las ovejas tanto cuando estaban en el campo como recogidas.

A pesar de los inconvenientes que creaba, David todos los días le daba la oportunidad de integrarse, y cuidaba de sujetar a la fiera rata. Al final de la jornada preparaba la comida de los perros. Cada uno tenía su sitio y cada uno se comía lo suyo; pero la rata seguía y seguía ladrando cada vez más.

Los tres perros decidieron que tenían que tomar medidas para silenciar y contener las carreras sin sentido al que les obligaba a hacer la rata. Zar decidió que si la rata no trabajaba, no tenía derecho a la comida, así que cuando David dejaba las cuatro raciones de comida, lo primero que hacían los tres era comerse la ración de la rata y después comerse cada uno la suya. La rata ladraba cada vez más y más; el hambre es muy duro. Ya estaba todo el mundo harto de tanto ladrido y tanto ruido y tanto jaleo.

Un día, por sorpresa para David y antes de poner las cuatro raciones de comida, la rata dejó de ladrar. Zar, Khan y Max le dejaron comer su ración. A partir de ese momento solo se oían ladridos en contadas ocasiones.

Con el cambio obligado por las circunstancias, el grupo de ayudantes quedó constituido por cuatro perros, Zar el líder, Khan el segundo, Max el aprendiz y Rata el eterno becario. Rata, un nombre de dos sílabas que fue la concesión que David le hizo, aunque tampoco necesitaba llamarle para nada. Rata salía al campo y su función era estar al lado de David, dejar las ovejas en paz y darse importancia.

Felisa

Rosario Benito

Sentado en un banco del paseo marítimo, observaba el vómito de turistas que salían del crucero y que más tarde invadirían la ciudad.

Esa misma mañana, cuando paseaba un rato después por las ramblas, fue detenido y conducido de malas maneras a la comisaría más próxima.

Sometido a un duro interrogatorio y donde la policía le mostró la prueba concluyente de su culpabilidad-una corbata de su padre- superhortera, de los años ochenta. Tenía sus huellas dactilares y la sangre de la víctima.

Carecía de coartada, estaba acorralado, una gota de sudor frío le recorría la espalda.

Hacía veinticuatro horas que había entrado en vigor la ley de maltrato animal y Felisa ya no volvería a maullar.

La vida pequeña

María Jesús Alcázar Verde

Dicen que se nace un día, aunque a veces pienso que estamos naciendo o renaciendo continuamente.
Yo nací un domingo 18 de marzo del mismo año en el que nace televisión española. Nací en mi casa, en la cama de mis padres, en un pueblo manchego de casas encaladas y campos de olivos, viñedos y cereal, mucho cereal; cereal que se aventaba en las eras y una vez amontonado utilizábamos a modo de tobogán, aunque después nos picara todo el cuerpo intensamente.
Soy la segunda de tres hermanos, un hermano mayor y otro menor, que condicionaron mis juegos infantiles. Aprendí con ellos a saltar tapias para robar flores en mayo, a tirar piedras a farolas y a coger culebras en el pequeño reato que había cerca de casa; a jugar a indios y vaqueros y a montar en bicicleta con barra metiendo el pie por debajo para llegar al pedal. De ese tiempo recuerdo las tardes de verano, tardes de calor seco y silencioso, de calles vacías y casas en penumbra, con las persianas bajadas como fortalezas. Recuerdo también a mi padre mirando al cielo antes de acostarse para intentar adivinar el tiempo que iba a hacer al día siguiente y a mi madre haciendo las tareas de la casa escuchando la radio.

Con tres años mi madre me llevó al colegio, a la clase de su amiga Doña Cristina, una clase de niñas grandes que me enseñaron a leer, escribir, sumar y restar, y a preparar la leche en polvo que complementaba nuestra alimentación en esos años, aunque lo que más me gustaba era avisar del recreo o del final de la clase porque significaba ver y entender las horas en el reloj del aula. También me gustaba que vinieran los americanos a nuestra clase, los que; en mi pueblo, pertenecían a la base de Alerta y Control con tropas americanas, por dos razones: nos regalaban unas gominolas gigantes y algunos eran negros.
Doña Cristina empezó a ocuparse de mi aprendizaje y convenció a mis padres de la necesidad de seguir estudiando fuera del pueblo. Eso me lleva a Madrid a un colegio en el barrio de las Vistillas con 10 años y mucho miedo para iniciar el bachillerato. Pasé 6 años en ese internado, en una clase sentada en la primera fila y aprendiendo a aborrecer comidas o alimentos; con algunos ya me he reconciliado pero nunca con el repollo, deseando ser mayor para llegar a PREU porque no llevaban uniforme y con unatendencia protectora hacia las más desfavorecidas; mientras asistía con asombro a los esfuerzos de los profesores por desasnarnos, algunos con más éxito que otros.

Si he de destacar de mi infancia y mocedad una actividad, ésta será la lectura, lecturas heterogéneas y caóticas, desde la Hazañas Bélicas o las novelas de Marcial Lafuente Estefanía de mi hermano hasta las Novelas Ejemplares, la Biblia, las novelas de León Uris o Frank G, Slauter; pasando por Ivanhoe o la vida de Ramón y Cajal. Leía todo y leía mucho y mientras, me iba creciendo fama de niña lista por eso de que se me daban bien las matemáticas.

Salí del internado del colegio para ir a la universidad y a mis primeras discotecas; conocí a un chico, nos dimos la mano y 45 años después seguimos con esa alianza. Empecé a trabajar y a tener dinero propio, me saqué el carnet de conducir, me fui de vacaciones, me casé y nació mi primera hija. A los tres años nacieron mis otros dos hijos.
He trabajado en lo que me gusta, he trabajado con muchas personas que me gustan y he aprendido de ellas. Ahora ya lejos de los desempeños profesionales no lo echo de menos y cuando lo evoco me repito lo mismo: qué gran suerte he tenido.

Ahora, en este momento de mi vida en que los vientos de otoño me susurran al oído, en el que la placidez me invita a la reflexión, mi gran pregunta es si he vivido una vida bien vivida, ahora que camino más sola, que mis padres ya no están, que mis hijos son adultos independientes y mi marido es ese compañero de viaje que permanece aunque la aventura acabe. Ahora me pregunto si he tenido buena vida y qué es eso. Ante todo me surge la pregunta que quién soy o he sido todos estos años y siempre me brota el deseo infantil lejano de soñar, de seguir soñando, de seguir ideando, siempre escapando de ese realismo que se pega a los zapatos como alquitrán y te impide elevarte y crear ese mundo de fantasía que dibujaba para mis hijos cuando tumbados en la alfombra del salón y leyendo las Mil y una Noches creíamos estar en una alfombra voladora, un lugar en el que nos sentíamos a salvo y yo me liberaba del terrible mandato paternal del pórtate bien, sé buena y ese imperativo del deber.

Ahora ya estoy más asentada en la realidad de la vida pero sigo teniendo esa sed de aventuras, por eso me gusta tanto el cine y por eso sigo leyendo mucho y todo porque ambas actividades me ayudan a salir de mí misma, me ayudan a mirar, me ayudan a ver y me sorprendo a veces mirando al mar, ese majestuoso guardián de secretos y deseos, impregnada de un deseo de ser perdonada y perdonar, y agradecida por mi vida pequeña.

Las rejas

Lucía Enguita

A Laura, como reportera novata, le encargaban en el diario los reportajes de Navidad, el mismo día 24 de diciembre durante la tarde que para ella era la noche fría del alma. La empresa editora le envió a un centro de menores en el que acogían a los niños de 0 a 16 años. Los padres eran de familias destrozadas por el alcohol o las drogas, en las que se refugiaban porque les llegaba una orden de embargo de su chamizo o la factura de la electricidad o del gas. O madres solteras que no podían hacerse cargo de los chiquillos. Se fijó en el caso de Isabel, una madre alcohólica que tuvo una niña con 45 años y casi se queda en el canal del parto. Isabel, durante el primer año de vida de Andrea, su hija, sobrevivió gracias a la caridad de las vecinas del barrio, que le compraban ropa, pañales, alimentos y productos de limpieza e higiene para la mísera habitación en que vivían las dos. Isabel dejaba sola a Andrea para hacer de señorita de compañía. Un caso de libro si no hubiera tenido un padre, carpintero, que realmente amaba a la cría. Pasado un año, una tarde en que Isabel se fue a tomarla con Andrea -sin cochecito- se le cayó la niña y fueron atendidas por el Samur Social porque les llamó la madre con gran desespero. El parte médico decía que tenía una fractura en el hueso occipital.

Isabel fue sujeto de un estrecho seguimiento de la administración y al segundo accidente, Andrea acabó con su minúsculo esqueleto en el Centro de Menores en Hortaleza, bautizada como “La casa de los Niños” que se tenía que llamar “De los Horrores”.

Laura, el día de Nochebuena a las seis de la tarde, traspasó las puertas ocres del centro funcional y frío. Le sorprendió que todas las ventanas estaban enrejadas, hasta la de la planta de la calle. En ellas, los chiquillos habían puesto mariposas, mariquitas, margaritas y alguna princesa de vivos colores en las cartulinas blancas. Pretendían reproducir un hogar… Nada más lejos de la realidad… Laura habló con dos cuidadores de los menores de tres años, Marta y Carlos, ambos en la treintena.

Marta: “Les damos besos y achuchones, pero tienen la mirada perdida o bizquean, parecería que se están preguntado “¿Qué hago aquí con desconocidos?”. Hay que tener una sangre sólida para soportarlo. Cuando me voy a casa, me llevo los problemas y vuelta a empezar por la mañana”, se lamentaba.

Carlos, más insconciente y dicharachero no se quejaba del trabajo: “Hemos reproducido lo más similar a un hogar y les atendemos de maravilla”. Laura, mientras Carlos parloteaba, no pudo dejar de mirar las paredes pintadas de un verde desvaído y las estancias, muy grandes y con sillas y mesas chiquitas. El espumillón tenía polvo de decenios y el árbol era de plástico y decorado con cuatro bolas que habían visto muchas navidades. Les escuchó, tomó notas durante una hora y media. Los tres salieron al patio que tenía un castaño raquítico y un muro de tres metros.

Marta: “Los chicos de más de 12 años saltan esa noche el muro del patio trepando por el castaño y se van de litronas o calimochos con los jóvenes desclasados de Hortaleza”.

Laura observó al resto de cuidadores. Pese a la decoración artificiosa y forzada, todos tenían en el rostro el hastío de las abominaciones que veían a diario y de las quejas de los padres naturales que casi siempre estaban de súplica con ellos. Laura estaba convencida de que los más chicos llevaban en el recuerdo infantil el vientre de sus madres. La directora, Luisa, que la recibió al final de la visita, no sabía el porcentaje de adopciones al año. Era como una monja severa y estirada, entrada en carnes. No estuvo Laura en el despacho más que nueve minutos porque la directora respondía solo con interjecciones. Mientras se despedía de la directora, unos nubarrones se instalaron en sus vísceras. Así, cuando iba a coger el coche, una bilis negra la hizo vomitar.

Laura regresó a su casa con dolor en las entrañas. Esa noche cenaban doce entre familiares y amigos de ella. Su hermano, Fran, le había dicho en una ocasión: “Quiero vivir por encima de los problemas”. La hermana menor, Maite, se había marchado al Mediterráneo y estaban muy desvinculadas. Así que se desahogó con su padre Emilio, un hombre bueno en el sentido machadiano, comprensivo y que tenía el don de la escucha. Fue en la cocina, mientras recogían los entrantes y pusieron el primer plato. Apenas cató la cena y, a los postres, se excusó:

Tengo que hacer, de lo que vi esta noche, un reportaje largo para el 26”, me llevará mares de tiempo. La historia de Isabel y Andrea la conoció el mismo día 26 y la incluyó con el diario casi metido en la rotativa.

La muerte de Nausica

Tomás Merina Ortega

Oriol Ruscafeta, hombre reservado e introvertido, vivía en Barcelona cerca del puerto donde cada día los cruceros vomitaban piaras de turistas, que invadían las calles cercanas para comprar recuerdos o dirigirse a la Sagrada Familia.

Una mañana, Oriol caminaba rambla abajo mientras esquivaba un numeroso grupo de japoneses, cuando se vio rodeado por siete *mossos de esquadra*.

-¡¡Al suelo, al suelo!!

Fue lo último que oyó antes de que el frío metal de los grilletes apretara sus muñecas. Casi sin tiempo de respirar se vio dentro de un furgón policial; en un rincón un policía le leía sus derechos, la sirena sonaba estridente y sus fogonazos se multiplicaban en los escaparates. Los turistas se alejaban sorprendidos, algunos grababan las imágenes con sus teléfonos.

En la comisaría, durante el interrogatorio, Oriol no era capaz de salir de sus contradicciones; la presión era sofocante. El abogado de oficio que le asistía tenía en su rostro la preocupación de un viernes santo. Cuando un mosso entró en la sala de interrogatorio y mostró a Oriol el arma del crimen, el sudor frío recorrió su espalda. La corbata, que había estrangulado a Nausica, tenía sus huellas digitales, el ADN de Jordi impregnaba el cuello.

Su abogado estaba atónito y desarbolado. Tan sólo hacía 24 horas que había entrado en vigor la ley de maltrato animal. Nausica no volverá a maullar.

Aventadora

Lucía Enguita

Andrés, cuando desayunaba las sopas de ajo que le había hecho la mujer, Juanita, pensaba que qué sería de sus tres hijos -dos varones pequeños- y una mocita de 14 años que ya servía en la única casa grande de un pueblo pequeño. Andrés había ocultado a su familia que tenía cáncer de estómago, menos a su tía Eustaquia, su hermana soltera, que vivía y los cuidaba. Le esperaba, como aparcero, una jornada de sol a sol y estaba consumido por la enfermedad, que era también del alma.

Juanita, un día de verano, supo que estaba enfermo el marido, porque le sangraba a borbotones el vientre en el camastro.

-"¿Qué te pasa, Andrés?", gritó ella, blanca de ver las sábanas rojas y humeantes por la calor que hacía en Castilla.

-"Juana, me estoy muriendo, una huida lentísima y dolorosa"

-"¿Por qué le llamas huir al descanso eterno?"

-"Míranos, que vivimos en un corral con pajar, los tres hijos y nosotros dormimos juntos y solo es digno el cuarto de Eustaquia, con lavamanos, jofaina y una ventana que da al poyete de la calle. En la cocina están nuestros cuatro andrajos, porque no hay un solo armario en el chamizo".

-"¿Pero qué te pasa?"- dijo Juana y se santiguó tres veces.

Como labriego que era, Andrés se ataba una soga para que no se le cayeran los pantalones de algodón que se los hacía Eustaquia con la máquina Singer. Una camisola blanca y un sombrero de paja para el sol completaban el atuendo. Juana y la tía vestían de negro y los tres hijos con ropa usada que les cedían los veraneantes.

Ya era tiempo de la trilla, y los niños de Madrid, de veraneo y despreocupados, se subían al trillo como en un tiovivo, como en un columpio -es lo más semejante a volar con sus vaivenes-. La era estaba en una pradera a la que le daba la sombra de los chopos y la acequia, la única zona umbría del villorrio.

Había dos aventadoras para separar al grano, "que la paja la lleva el aire", repetían como en una letanía los campesinos.

Corría julio con su sequía y en el tercer día de trilla, por la tarde, la aventadora le cogió a Andrés el brazo y se lo rebanó hasta el hombro. La aventadora lanzó al aire la carne de Andrés, que tenía el color violáceo y negro de las amputaciones.

Juana, en la era, le puso su liga negra para hacerle un torniquete, pero cuando llevaban a Andrés al único médico del pueblo, se despidió de Juana así: "Adiós, mujer, se me acabaron los padecimientos desde que nací del vientre de Madre".

Los niños de la ciudad, despavoridos, se lo contaron a sus padres. Habían visto los pedacitos de carne, arterias, músculos y nervios que se los llevó el aire. Muy asustados, sí, pero se hicieron conscientes de las fatigas del campo de un plumazo. No salieron a la calle en una semana, a pesar de que les animaran los ascendientes.

Juana siguió de aparcera, sembrando en barbecho patatas, garbanzos y trigo. Le ayudaban los chiquillos, esos que en el verano anterior jugaban con los niños de la capital a hacer una cabaña de madera, al escondite y a hacer flanes y tortas de barro cuando caía la temida tormenta.

19.03
Celso Manuel del Río

Había cruzado el amplio zaguán de entrada a la estación sin pisar las líneas entre las baldosas del suelo, ajustando su ritmo y sus pasos a la cadencia del solado. Afortunadamente losetas amplias de mármol claro. Cuando accedió a los andenes, caminó hacia su vagón aprovechando la línea de cemento amarillo antideslizante que discurría paralela al borde del andén, esquivando así el suelo de pequeñas teselas ajedrezadas en el que hubiera tenido que pisar sin duda las juntas. Había accedido al tren a las 17.56, cuatro minutos antes de que éste saliera puntual hacia su destino. Solía coger ese tren con cierta asiduidad. Un regional de media distancia que unía la gran ciudad donde trabajaba y vivía solo con la pequeña población de provincia donde había nacido y se había criado y donde todavía vivían sus padres, a quienes iba a visitar. A pesar de sus treinta y tres años todavía mantenía una relación muy cercana con ellos, más fruto de su dificultad para establecer nuevas relaciones personales que por cualquier otra razón. No se sentía a gusto con la gente. Prefería los objetos y los números. Los entendía mejor.

Colocó su pequeña maleta con ruedas en el asiento 5C, paralela a los bordes del sillón y centrada en él, con la pequeña cremallera hacia arriba y el asa plegada, y se sentó en el 5D junto a la ventanilla. Sabía que nadie habría de sentarse junto a él porque había comprado, como hacía siempre, los dos pasajes. Prefería no tener que verse obligado a hablar con desconocidos ni a soportar molestos movimientos o actitudes que le incomodaban. Ajustó su respaldo y se sentó lo más cómodo que pudo. El tren empezaba a desplazarse fuera de la estación y a coger velocidad. Conocía de memoria el paisaje y los lugares por lo que iba a transitar, por lo que centró su atención en el interior del vagón. Contó mentalmente los asientos: cuarenta y cuatro, once filas de cuatro, y los viajeros, treinta y dos. Se sintió agradablemente relajado al comprobar que la forma en la que los pasajeros se distribuían entre los asientos, por más que no fuera simétrica ,estaba configurada de tal manera que en todas y cada una de las once filas la suma de los viajeros que las ocupaban era siempre par. Se inquietaba mucho cuando en alguna ocasión en la que había cogido aquel tren los pasajeros no fueran sentados por parejas, o de tal manera que hubiera filas con un número de pasajeros impar. Además, calculó mentalmente, al haber treinta y dos asientos ocupados de cuarenta y cuatro eso dejaba vacíos doce. Le gustaba ese número desde niño. Le tranquilizaba. Siempre creyó que los doce años fueron su mejor momento. Y eso era sin duda un mensaje.

Con un pasajero menos los asientos vacíos hubieran sido trece y eso le hubiera producido un sentimiento de inquietud insoportable.

Paseó su mirada por el vagón, fijándose en cada detalle. Le interesaban los objetos, los números, lo impersonal. Sabía reconocer en ello la manera en la que el mundo se comunicaba con él de una forma incuestionable, precisa, tan silenciosa como inevitable.

Comprobó que el reloj digital que estaba sobre la puerta de acceso al vagón contiguo estaba detenido en las 19.03. Quedaban unos minutos para esa hora por lo que sonrió al percatarse de que, como dice el refrán, hasta un reloj parado da dos veces al día la hora exacta. En este caso, sólo una al ser digital, pero en unos minutos sucedería.

A su izquierda, en el asiento de la ventanilla contraria a la suya, una pasajera dormitaba con la cabeza apoyada en el cristal balanceándose suavemente con el traqueteo del tren. A su lado, en el asiento parejo, un libro descansaba boca abajo de tal manera que él no podía ver de qué libro de trataba.

Junto al reloj parado, escrito en rojo sobre la pared, leyó el número de serie del vagón: 1799. Se sorprendió al comprobar que era la fecha del día: 1 de julio del noventa y nueve. Él empezaba sus vacaciones camino de casa de sus padres.

Tenía mucha experiencia en situaciones así y sabía que aquello no podía ser casual. Allí estaban, escritas para él, las referencias del día y la hora en que, sin duda, algo sucedería. Algo que le atañía a él y que sucedería en pocos minutos: eran las 18.58. Quedaban cinco minutos.

Con curiosidad pero con calma, no había elementos intranquilizadores, buscó a su alrededor más mensajes que le transmitieran la información que le faltaba. Sabía que tenían que estar ahí. Nada sucedía porque sí. Tenía el día y la hora, pero no el qué.

De repente, la situación dejó de ser apacible. Parecía que la tragedia se le anunciaba. Un pasajero de tres filas delante de él se levantó y, mientras miraba su billete, preguntó en voz alta, como buscando respuesta en cualquiera que la tuviera, por el número del coche en el que estaban. “El nueve” respondió una voz femenina situada detrás de él. El pasajero, tomando ya del asa su maleta y colgando del brazo su abrigo se excusó “vaya, me he equivocado, el mío es el ocho...” y salió del vagón pasando delante de él sin advertir el pasmo reflejado ya en su rostro: ¡TRECE! Los pasajeros del vagón se habían convertido en trece. Eso cambiaba por completo el cariz del mensaje que se le escondía. Fuera lo que fuera lo que iba a suceder a las 19,03 de ese día sería algo negativo, dramático llegó pensar.

Buscó desesperadamente a su alrededor un mensaje premonitorio de lo que iba a suceder. Sabía mejor que nadie que el mundo funcionaba así, aunque no todos, aunque sólo él, supiera interpretarlo.

Al mirar a su izquierda comprobó que la pasajera que dormía se había despertado y había recuperado la lectura. Y ahora sí, ahora veía claramente el título del libro. Helado, con el rostro desencajado de quien intuye la tragedia que se le avecina cierta leyó para sí: CRÓNICA DE UNA MUERTE ANUNCIADA.

Instintivamente miró su reloj: 19.02. Un minuto. Un minuto le separaba de lo que él sabía que era una tragedia ineludible.

Agitado, con la respiración entrecortada y el sudor frío en la espalda buscó una solución, un milagro, una salida al drama inevitable. Vio junto a la puerta el conmutador del freno de emergencia. Dudó un segundo: ¿debía apretarlo, tenía sentido aceptar aquello como un anuncio cierto, como una verdad incuestionable? No dudó y, cuando ya se levantaba para accionar el freno de emergencia y salvar su vida de una muerte cierta, vio entrar al revisor para pedir los billetes a los pasajeros. Se avergonzó y, a pesar de no tener ninguna duda de que lo que se avecinaba era incuestionablemente trágico, volvió a sentarse y ajustó con fuerza su espalda al respaldo, cruzó angustiado las manos sobre el pecho. Alzó la cabeza y cerró los ojos con fuerza.

19.03.

Esperanza

Piedad Fernández

Todas las tardes al cerrar la puerta de casa, pienso que no dejo nada atrás, que cuando vuelva todo seguirá igual como lo dejé. La calle me recibe con aire fresco. La lluvia de los días pasados,ha dejado la tierra húmeda y en su olor se ofrece a recibir el frio invierno. Camino por el parque lentamente, como lo llevo haciendo tantos años , ensimismada en mis pensamientos y a la vez apreciando esos colores ocres y rosados de la hojarasca en el suelo,que revolotean entre mis pies mostrando el fin de otra etapa de la vida. Se están acercando las fiestas de Navidad y han adornado algunos arboles del paseo con luces y bolas de colores. Como anochece tan pronto algunas ya están encendidas y dan una luz extraña a la tenue claridad del declive de la tarde. Después de hacer el conocido recorrido por el parque ,me detengo para contemplar a grupos de niños, que acompañados la mayoría por los abuelos, juegan incansables entre risas y carreras. Transmiten tanta energía y vitalidad, que me hacen sonreír. Al apartar la vista de ellos, casi tropiezo con algo que hay entre el seto que bordea el parque y el camino. Es una caja pequeña de zapatos, entre un trapo de colores, algo se mueve. Me agacho y veo que es un cachorrito de color marrón, con rayas negras. Gime sin fuerza, intenta mover las patas, para liberarse. Nunca me han gustado los perros, pero instintivamente lo recojo del suelo. Apenas es mas grande que la palma de mi mano. Noto el calor tibio de la suave piel atigrada y el tenue latido de su corazón entre mis dedos. El perrito, con los parpados ya casi cerrados, se acopla a la caricia y deja de gemir. Miro alrededor por si alguien lo reclama o quiere interesarse por él; pero no, nadie se ha dado cuenta de este abandono. Entre susurros, balbuceo palabras cariñosas, tiernas, dándole ánimos y augurios de bienestar. Noto un brinco de alegría en mi interior y soy consciente de mi rostro relajado con una sonrisa. Comienzo a caminar de vuelta a casa con pisadas firmes y elásticas con el perrito envuelto en mi acogedora bufanda invernal. Pienso como cambiará mi vida de ahora en adelante, cuidándole y sintiéndome acompañada. Al pasar debajo de los arboles iluminados, respiro hondo y confío en que este año la Navidad será diferente.

Leke y el español

Soledad Parra

Leke, el protagonista de esta historia, nació en una pequeña ciudad del sur de Camerún a principios de los años 80 del siglo pasado. Era el quinto de once hermanos y hermanas, por lo que su hogar era un lugar bullicioso además de alegre y entretenido. Pero Leke siempre fue un niño serio, solitario, ajeno a los juegos violentos y rudos de sus hermanos y más próximo a las actividades tranquilas y apacibles de sus hermanas. Precisamente por ese carácter retraído, sus padres le prestaban una especial atención, aunque era un estudiante ejemplar y nunca tuvieron queja alguna por su comportamiento.

El padre de Leke era maestro, y tanto él como la madre procedían de una población cercana, en la que poseían algunas tierras de cultivo. Aun cuando la madre amaba la vida sencilla del campo y el trabajo de la tierra, decidieron instalarse en la ciudad, donde la numerosa prole tendría más y mejores oportunidades para su educación.

Al llegar a la adolescencia, Leke, como todos los chicos y chicas de su edad, se pasaba el día pegado a la radio escuchando la música de moda, pero en Camerún apenas había un par de emisoras musicales y, la mayor parte del tiempo, emitían música tradicional. Así fue como, mientras intentaba sintonizar alguna nueva emisora, descubrió Radio Nacional de Guinea Ecuatorial y sus programas en español. Fue un auténtico flechazo, se enamoró de esa lengua desconocida e incomprensible para él, de su melodía, de su ritmo y se propuso estudiarla y conocerla como si fuera su propio idioma.

La República de Camerún es un país de África Central que limita al sur con Guinea Ecuatorial y, aunque tiene más de doscientos grupos étnicos y lingüísticos, sus idiomas oficiales son el francés y el inglés, idiomas de los principales colonizadores de la zona. También, durante un corto espacio de tiempo, fue colonia alemana. No existe, o no se ha conservado, ningún vestigio de cultura española.

Eran muchas las dificultades y los impedimentos que existían para que Leke pudiera llevar a cabo su proyecto de aprender español, ya que la mayoría de los centros de enseñanza secundaria del país impartían alemán como lengua extranjera. Solo en la capital, Yaundé, existía algún centro de enseñanza privado que ofrecía clases de español. Pero estos escollos no asustaban a Leke, que seguía firme en su empeño a pesar de los obstáculos. Así fue como encontró, en la única biblioteca de su ciudad, varios libros en español de las materias más diversas y desconcertantes: textos sobre agricultura, sobre religión, un opúsculo con poesías de Lope de Vega, una edición de los años 50 de "La Barraca" y un "Estudio geográfico político-militar sobre las zonas españolas del Norte y Sur de Marruecos" fechado en 1913; pero, sobre todo, encontró un tesoro de valor incalculable, un enorme tomo que contenía el Gran Diccionario *Laroussse* francés-español, español-francés.

Así, mientras continuaba con sus estudios de bachillerato, dedicaba la mayor parte de su tiempo de ocio a aprender español de forma autodidacta, con lo que, al llegar a la universidad, su nivel de español era bastante aceptable.

En el caso de Leke, el acceso a la universidad comportaba, además de los cambios propios del inicio de los estudios superiores, un cambio mucho más trascendente para la vida de un muchacho: el traslado desde su apacible y pequeña ciudad a la capital, Yaundé; el abandono de la casa familiar y el inicio de la convivencia con otros chicos de su edad en la residencia estudiantil. Desde hacía tiempo era consciente de su homosexualidad, condición que mantuvo en secreto, más por un inexplicable sentimiento de culpa y de vergüenza que por temor a las consecuencias. Pero con su incorporación a la vida universitaria y su llegada a la residencia, se dio cuenta de hasta qué punto esta situación iba a condicionar su vida y sus relaciones.

Por eso, cuando Joseph, un compañero de facultad un poco mayor que él con quien enseguida trabó amistad, le confesó que él también era homosexual, sintió que por fin había alguien con quien podía compartir no solo sus proyectos e inquietudes, sino también sus sentimientos y temores, y creyó que había encontrado un amigo que le entendía y que le apoyaba. Sin embargo, no tardó mucho en sospechar que Joseph no era el amigo incondicional y desinteresado que él creía ni, por supuesto, el adalid de la causa contra la homofobia que pretendía ser.

En África en general, y en Camerún en particular la diversidad sexual no es una opción, la homosexualidad es considerada como una enfermedad importada de Occidente. Las prácticas sexuales consentidas entre adultos del mismo sexo son ilegales desde 1965; se trata de un delito penado con hasta cinco años de cárcel. Esta fue la acusación que se formuló sobre los amigos y compañeros de Leke que fueron detenidos al acudir a una de las reuniones organizadas por Joseph, a la que Leke, por una afortunada providencia, no pudo asistir. No obstante, se había dictado contra él una orden de busca y captura, por lo que se vio obligado a permanecer escondido durante meses, hasta que, con la ayuda de familiares y amigos y gracias a la omnipresente corrupción de la administración camerunesa, fue posible su salida del país con destino a España.

No fue fácil, pero a fuerza de tesón y algo de buena suerte consiguió instalarse en Salamanca. Trabajaba en todo aquello que le ofrecían, a la vez que intentaba regularizar su situación de refugiado. Así, logró matricularse en la Facultad de Filología de la Universidad de Salamanca, donde a base de voluntad y esfuerzo consiguió terminar sus estudios y leer su tesis doctoral en febrero de 2016.

Transcurrieron los años y desaparecieron los obstáculos legales que impedían a Leke volver a su país, pero Leke había encontrado en España y en el español todo lo que necesitaba: el amor, un lugar donde vivir sin temor y su poesía.

Certamen literario

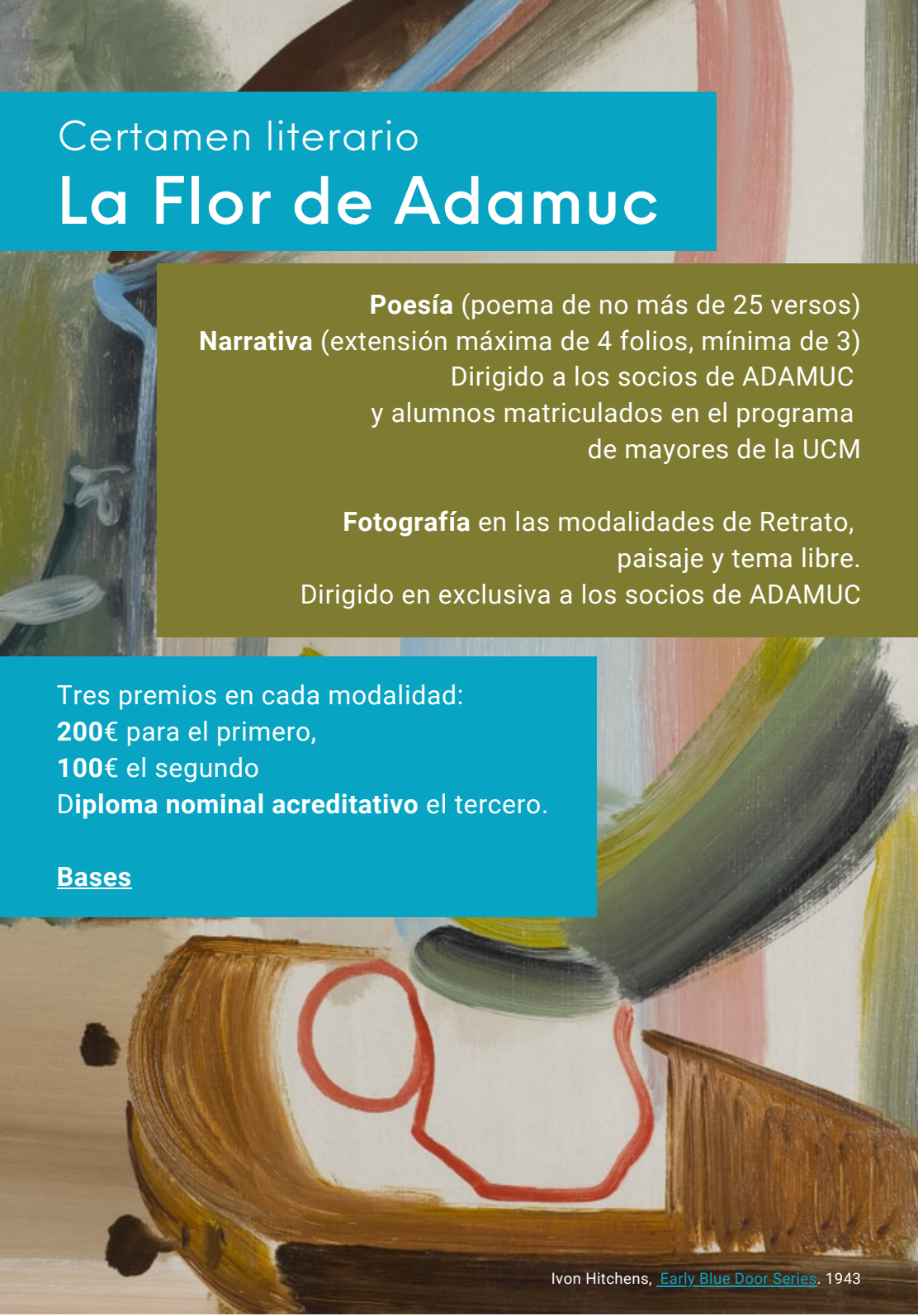
La Flor de Adamuc

Poesía (poema de no más de 25 versos)
Narrativa (extensión máxima de 4 folios, mínima de 3)
Dirigido a los socios de ADAMUC
y alumnos matriculados en el programa
de mayores de la UCM

Fotografía en las modalidades de Retrato,
paisaje y tema libre.
Dirigido en exclusiva a los socios de ADAMUC

Tres premios en cada modalidad:
200€ para el primero,
100€ el segundo
D**iploma nominal acreditativo** el tercero.

Bases



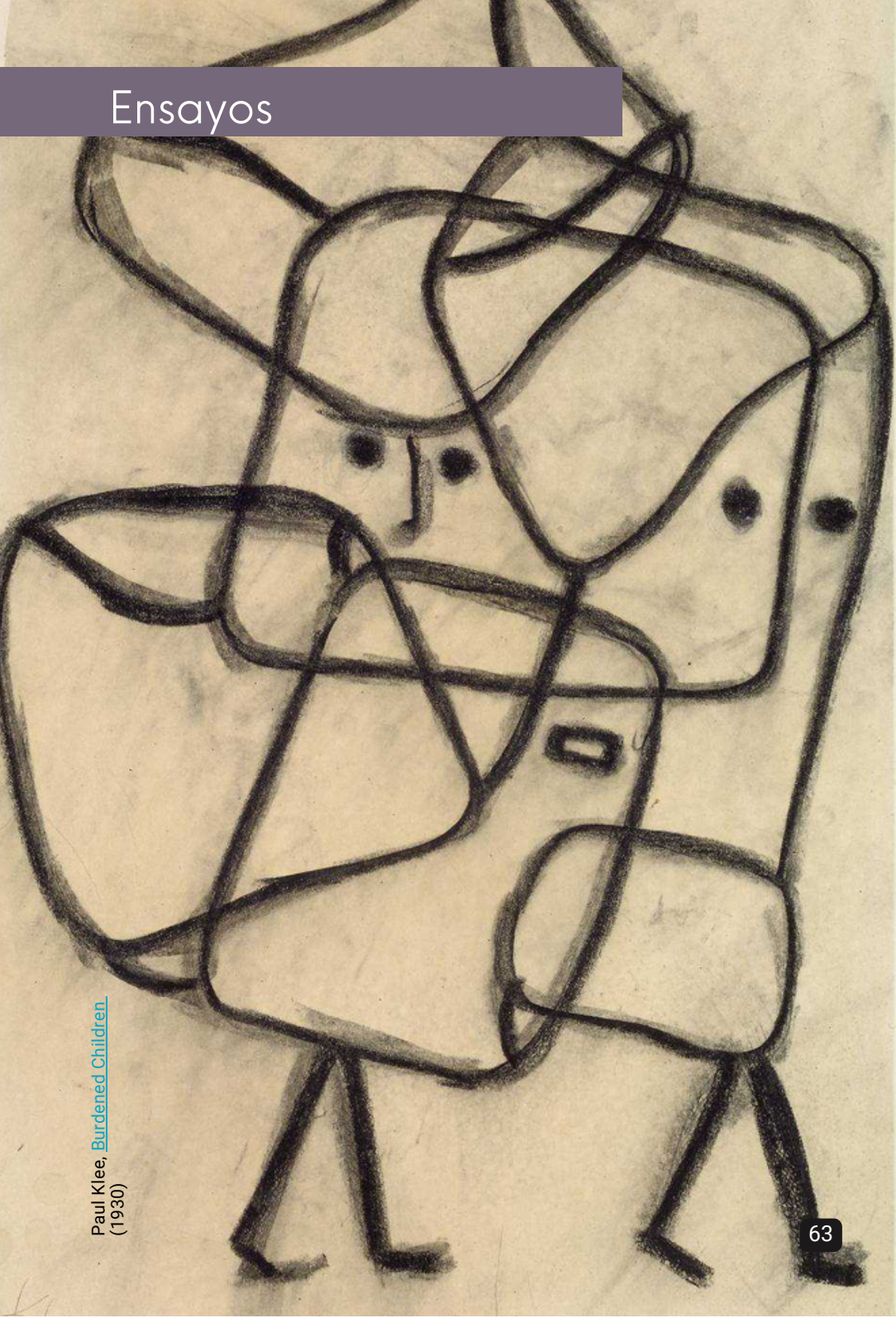
Ivon Hitchens, Early Blue Door Series, 1943

Los alumnos del seminario **Formulando el cuerpo y habitando el paisaje en la fotografía contemporánea** quieren compartir con todos sus fotos favoritas.

Estas fotos que han visto, estudiado y comentado en clase, y que desde luego merecen una reflexión.

Pincha aquí para verlas





Paul Klee, Burdened Children (1930)

El monasterio de Santa María de Nogales

Mercedes Jiménez

El monasterio de Santa María de Nogales se encuentra situado en San Esteban de Nogales, pueblo de la provincia de León limitando con la provincia de Zamora.

El monasterio se encuentra a orillas del Río Eria que nace en el Monte Teleno en la comarca de La Cabrera.Río de aguas mansas y no excesivamente caudaloso, pero un rápido deshielo y las fuertes lluvias lo pueden convertir en indómito, produciendo en las partes más bajas inundaciones de las tierras circundantes. El edificio se encuentra en un lugar privilegiado lleno de árboles y gran profusión de vegetación. Se respira paz y tranquilidad, solo acompañado del canto de los pájaros.

Su estado actual es de ruina; se conserva parte de la zona de la iglesia, las cocinas y poco más. La desidia ha ido poco a poco minando sus paredes y sus piedras forman parte de algunas viviendas de la localidad cercana. Los sepulcros de Don Suero de Quiñones y su esposa se encuentran en Nueva York, en la Hispanic Society.

La fundación del Monasterio es de 1150 y sus benefactores fueron el Conde de Vela Gutiérrez y su esposa Sancha Ponce de Cabrera. Primeramente, fue donado a monjas procedentes de la zona de Galicia, pero al cabo de unos años cayó en decadencia y en 1164 se realiza una nueva donación, esta vez a monjes del cister. Estos se encargaron de hacer los diferentes edificios y la iglesia de tres naves. En él se enterraron tanto la benefactora como sus hijos, así como Suero de Quiñones y su esposa.

Durante los siglos XII y XIII va incrementando sus terrenos, gracias a las diversas donaciones, pero a partir de la desamortización en 1835, el monasterio sufre un rápido deterioro.

Por desgracia la falta de actuaciones para mantener los pocos restos que quedan en pie lo condenan a la desaparición de forma inexorable.







Fotografías cedidas por la autora.



En el centenario de un Premio Nobel

Antonio Fernández

En este año de 2022 se cumple el primer centenario de la concesión del premio nobel de literatura a Jacinto Benavente. No está España tan sobrada de premios nobel como para permitirse el lujo de pasar de largo por esta conmemoración. Referimos, a continuación, la justificación dada por la Academia para señalar la trascendencia de la concesión del preciado galardón.

Prize motivation: “for the happy manner in which he has continued the illustrious traditions of the Spanish drama”.
“Por el acierto con el que Benavente ha continuado la ilustre tradición del drama español” Es decir, el premio rememora a nuestros ilustres dramaturgos del siglo de oro y considera a Benavente un digno continuador de los mismos.

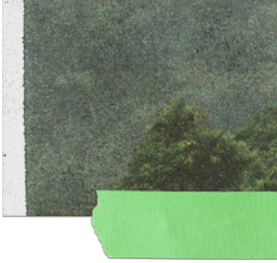
¿Exagerado? Si analizamos el asunto desde la perspectiva cuantitativa no sería tal. Benavente escribió más de 170 piezas teatrales. De Calderón hay constancia de más de 180, y de Lope ¿Qué podríamos decir de su fecundidad? Pero el dilema se nos plantea con su calidad. ¿Cómo calificar a Benavente? Desde la transición Benavente ha quedado proscrito, esencialmente por las veleidades filo franquistas de sus últimos años. Podríamos traer aquí el recuerdo de su protagonismo republicano, tan en las antípodas de su trayectoria durante la dictadura. Recordemos solamente su participación, con otros intelectuales nada sospechosos de retrógrados, en la constitución de la sociedad de amigos de la Unión Soviética, institución que nacía, en 1933, con el objetivo de facilitar el conocimiento del joven y revolucionario régimen entre los españoles.

Pero abandonemos el ideario y centrémonos en su escritura. Con *Los intereses creados* utilizaba Benavente la *Comedia del 'Arte* para adaptarla a nuestra tradición picaresca y crear una obra realmente singular. Pero es que Benavente, hombre conocedor por sus recurrentes viajes, de lo que se cocía en el extranjero, quiso trasladar ese modernismo o simbolismo a España, de ahí la poesía contenida en las piezas que compusieron su teatro fantástico, no estrenado sino hasta comenzado el siglo XX y eso en situaciones harto difíciles.

Pero no fue solo con *Los intereses creado*s donde consolidó su fama Benavente. Sus dramas rurales, esencialmente el más famoso, *La malquerida*, tuvieron gran éxito, no solo en España, sino también en el exterior, incluido Nueva York, ciudad que visitó y de la que fue declarado hijo adoptivo en 1923 un año después de la concesión del premio nobel. Y es que sus dramas rurales no andan tan alejados de las tragedias clásicas. ¿O es que no son también dramas rurales, *Yerma*, *Bodas de Sangre* o *La Casa de Bernarda Alba*?

En sus 170 obras Benavente escribió de lo mejor y de lo peor de la escena española de la primera mitad del siglo XX. No hubiese estado de más que, aprovechando este centenario, se hubiesen recuperado algunas de sus obras menos conocidas. Que conozcamos, tan solo el teatro español, de Madrid, ha programado una obra corta: *El Encanto de una hora* y la lectura dramatizada de cuatro, comenzando por su primera obra en subir a los escenarios: *El nido ajeno,* representadas todas ellas en la sala de cámara del teatro municipal. Los teatros nacionales han hecho mutis. Una oportunidad perdida de dar a conocer a nuestro premio nobel a las nuevas generaciones.

Tampoco tenemos tantos.



Los pasajes comerciales en el Madrid del siglo XIX

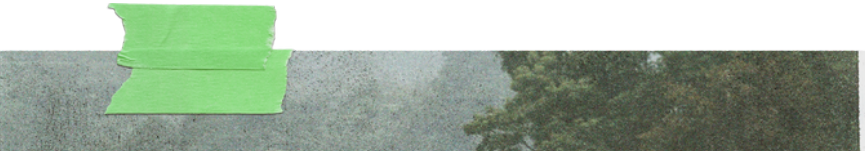
José Manuel Guijarro Esteban

Hay en Madrid un espacio urbano que escenifica muy bien la evolución del consumo en los siglos XIX y XX: Se trata de la Puerta del Sol y su entorno. Paseando por esas calles pueden identificarse restos de las novedades más importantes que para la venta de mercancías se crearon en ese período. Primero surgieron los pasajes comerciales que, imitando a París, hicieron visibles las nuevas mercancías que la revolución industrial puso en el mercado. A principios del siglo XX llegaron los grandes almacenes que trajeron los aires de consumo que se respiraban en La Habana y Miami. He recorrido el Madrid Isabelino en busca de los restos de aquellos equipamientos que dieron cuenta del cambio que se iba a producir en una sociedad madrileña aún anclada en el Antiguo Régimen. He encontrado que la mayoría han desaparecido y algunos de los restos que quedan se me han aparecido como fantasmas del pasado. Los pasajes comerciales representaron, los nuevos valores de la visibilidad que la revolución burguesa trajo consigo. El nuevo burgués quiere ver y que se le vea. Hoy lo que hay es una exageración de lo que empezó en los pasajes tras la Revolución francesa. En esos espacios, cubiertos por estructuras de cristal y hierro, se produce la gran revolución de la mercancía. Anteriormente no estaban a la vista, solo se sacaban algunas a la puerta de las tiendas. Con los pasajes la mercancía sufre un gran cambio de tecnificación y visibilidad, pasa del estante yla caja, al escaparate. Ya no tiene solo utilidad, sino que es un fetiche: algo bello y de moda cambiante.



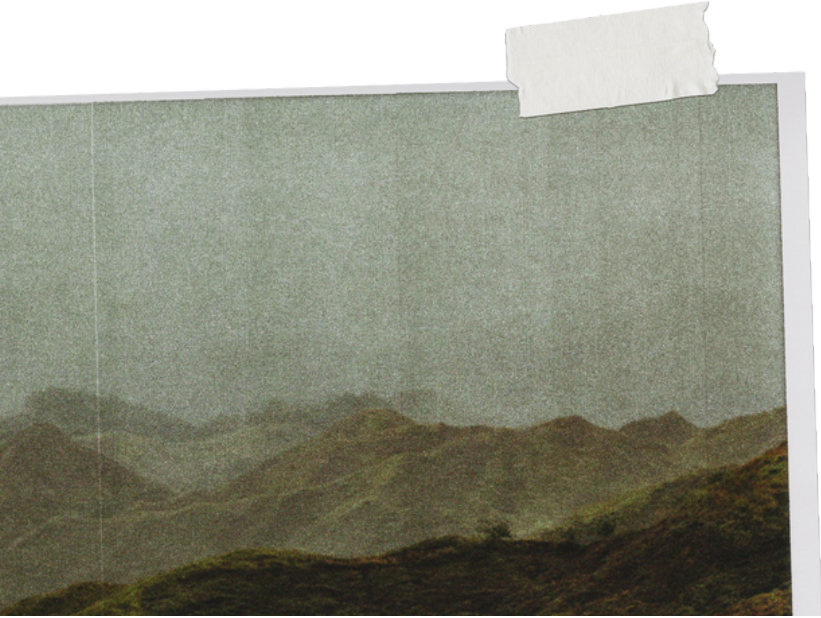
Empiezo el recorrido por la Plaza de San Felipe Neri y no encuentro rastro alguno del que según, Madoz (1), sería el primer pasaje de Madrid, construido en 1839. Continúo por la calle Mayor hasta Sol y llego al n.º 11 de la calle Carretas, donde estuvo la Galería de la Exportación Comercial construida por Francisco de Cubas, arquitecto y alcalde de Madrid. Conserva la fachada original de estilo neoclásico, con sus hornacinas hoy vacías. En la puerta anuncian un Bingo, entro y pregunto en recepción si se puede visitar la galería, pero ni la recepcionista ni un encargado de más edad lo permiten; éste, en un aparte, me confiesa "aquí no queda nada de eso que usted dice, solo se conserva algo de lo que fue el cine Carretas, aquel tugurio" y baja la voz "frecuentado hace ya años por los desocupados y otros…." y se para de nuevo tratando de desentrañar mi mirada, " ya me entiende usted" dice sin atreverse a especificar más.

Doy la vuelta a la manzana y, al llegar a Espoz y Mina, encuentro enfrente a uno de los pasajes más célebres de la época: el pasaje Matheu, inaugurado en 1847. Tenía una galería de dos pisos, ciento cuarenta metros de largo y nueve de ancho, estaba cubierto en el centro por una estructura de hierro y cristal. Su decoración era muy parecida a los *Passages* parisinos. Tenía una sucesión de tiendas a derecha e izquierda, especializadas en ropa de señora y caballero, todas con grandes escaparates. La más famosa era el Bazar de la Villa y Corte. El piso alto tenía un corredor con tiendas y escaparates con balconadas que se asomaban al vestíbulo, hoy convertidas en habitaciones de un hostal y de un hotel. Sufrió varias reformas hasta dejarla como la vemos hoy: con espacios para bares y terrazas en lo que fue el vestíbulo del pasaje.Entro en el bar La Carmela y nadie sabe de qué les hablo. Al fin, Antonio, camarero que lleva cuarenta años en la zona, dice que un compañero, que ya se jubiló hace mucho tiempo, había oído contar algo a los clientes más antiguos y que tiene que ver, añade, con lo que yo le comento.



“Contaba - continúa Antonio - que había dos cafés franceses, este era El París y el de enfrente se llamaba El Francés, fueron muy refinados y famosos en la época. Sus camareros iban muy bien vestidos y cada café tenía una terraza al aire libre, distintas a estas que ve usted ahora en la calle llenas de cervezas, sangría y platos de paella, de bravas o de calamares; decía que chocaba mucho en Madrid, pues nadie entendía lo de las terrazas en la calle”.

Sigo por la Carrera de San Jerónimo, donde estaba situado el pasaje Iris que llegaba hasta la Calle Alcalá, frente a la actual academia de Bellas Artes. Este pasaje fue de los más frecuentados a mediados del siglo XIX y tuvo la peculiaridad de que amenizaba a la clientela con música en directo en la terraza del café que había en una de sus tres galerías, Londres, Madrid y París. Fue, según Madoz, un sitio verdaderamente refinado lleno de cristal, espejos y terciopelo, con tiendas de joyas, tejidos y artículos de regalo. Se disponía para los clientes de revistas llenas de imágenes donde describían los atuendos y los complementos para vestir a la moda. El gusto por la apariencia, la vida social o la literatura folletinesca eran su sello.



Hay un personaje femenino de Galdós (2) que refleja la afición al nuevo consumo: es la Rosalía de la novela *La de Bringas*. La vemos a menudo pasear e ir de compras por la calle del Arenal, la de la Montera o la Carrera de San Jerónimo, por donde estaban los pasajes comerciales y en los que lo esencial era pasear, observar, ver a la gente, el bullicio, las tiendas. El nuevo paseante urbano era, como el personaje de Baudelaire, un *flânneur* (3), un observador de la vida moderna que fluía a su alrededor. Podemos imaginar a Rosalía atraída e incitada a comprar los artículos de la moda del momento: "se le iban los ojos tras las originales telas y más aún tras los admirables modelos colocados en los maniquíes…..estaban allí las Mil y una Noches de los trapos". Para Fernández de los Ríos (4) “la nieta de la maja del dieciocho ha tomado hoy un carácter marcado de señorita, con su botita a la francesa, su vestido de cola, su peinado tan alto”.

Continuo bordeando el Ministerio de Hacienda por lo que hubiera sido uno de los pasajes más suntuosos de Madrid, según el proyecto del arquitecto Grases y que iba de Alcalá hasta la calle Aduana y de esta hasta Montera. Eran ya los albores de siglo XX y para entonces los pasajes de Madrid habían dejado paso a nuevas ofertas comerciales sin que nunca, en opinión de Fernández de los Ríos, hubieran tenido el éxito que alcanzaron en Paris, Londres o Milán. En Madrid se abrieron seis pasajes (en París fueron casi ciento cincuenta) que no coincidieron en el tiempo y que estuvieron en funcionamiento de diez a veinte años máximo. Si hacemos caso a Galdós, la capacidad de consumo en Madrid tampoco era excesiva. “Venían las señoras y se lo llevaban, pero cuando tocaba a pagar…´aquí te quiero ver´ o ´que me espere a la semana que viene´ o ´pasaré por allí' !Ay! Qué Madrid este, todo apariencia...”, nos cuenta La Refugio, una comerciante en la novela *La de Bringas*.



Finalizo el recorrido en el pasaje del Comercio, más conocido por el nombre de su promotor, Mateo Murga, construido en 1847 y que tiene entrada desde el n.º 33 de la calle de la Montera y salida a la plaza del Carmen. En la actualidad no pasa de ser una calle peatonal algo sórdida donde la actividad comercial languidece discretamente, tiene la primera planta vacía y las tiendas del bajo, que conservan el abanico original de hierro forjado en las entradas, están prácticamente desocupadas.

Hay una Tienda del Espía, una peluquería afro, dos negocios de Compro Oro, ("no vendo nada, solo compro oro" dice uno de los propietarios), hay otra de accesorios para móviles, regentada por un húngaro que me hace pasar a su establecimiento de tres por siete y dice "yo creo que estas dimensiones son mucho menores que las de las tiendas antiguas, aquellas debieron ser más lujosas". Estos usos, al igual que los del pasaje de Matheu, tienen poco que ver con el que tuvieron en origen, nada se expone, nada hay de refinado, nada es la moda. Hoy no son sino fantasmagorías que poco recuerdan el papel que en el reinado de Isabel II jugaron.

---

(1) Pascual Madoz. Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España y sus posesiones de Ultramar. Madrid 1848. Biblioteca Virtual de Andalucía.
(2) Benito Pérez Galdós. *La de Bringas*.1884.
(3) Walter Benjamin. *El libro de los Pasajes*. Editorial Abada, 2013.
(4) Ángel Fernández de los Ríos. *Guía de Madrid: manual del madrileño y del forastero*, Oficinas de La Ilustración española y americana, 1876.



11 SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL. 81

Madrid Artístico.

Galería cubierta y Bazar de la Villa de Madrid.



Fotografías cedidas por el autor

I'll be your mirror



Personajes inolvidables
Francesco en "El sueño del gramático" de Eva Díaz Pérez.

Roberto Amilburu

Desapacible noviembre. Extraño. Alternancia de calor y frío, temperaturas inusualmente altas y temperaturas bajas. Ahora tiene frío. El gran gato negro que se arrebuja con cualquier manta o prenda que encuentra y en cualquier rincón, caliente por supuesto. Con estos cambios, me dice, al final Greta va a llevar razón y habría que hacerle caso. Todos. La tristeza y la nostalgia nos acompaña a los dos una vez más y un libro viene a mi memoria, lectura de este verano, después de mis incursiones en la Feria del Libro de Madrid, ese gran monumento a la cultura, el arte y la lectura, ese gran paseo para nostálgicos y para exploradores de sueños. Y el gato me dice que le gusta Nebrija, le gusta su historia y le gusta el idioma que contribuyó a estructurar, a mejorar y a indagar sus orígenes latinos. Este libro es, a su vez, un monumento a este gran personaje al que tanto debemos quienes amamos el castellano y amamos nuestros orígenes latinos. Escribe, me dice el gato, cumple con tu misión y da testimonio.

Este libro es una obra novelada de la vida de Antonio de Nebrija y un nostálgico canto a su obra y a la deuda que tenemos todos los hispano hablantes con él.

El libro me ha resultado apasionante. La vida de Nebrija no solamente es la típica vida de un académico, al que todos imaginamos revestido de su dignidad, rodeado siempre de libros, de papeles, de artefactos de escritura, sino una persona tremendamente vital, que apuró su vida disfrutando de los amigos, de la comida y la bebida y de las mujeres. Vivió la vida plenamente demostrando que lo académico y las letras no están reñidos con un gozo de cada instante del devenir. Amó apasionadamente y sufrió los rencores y las iras, las envidias y los odios de todo aquel que no entendió o no quiso entender sus desvelos por la lengua y su liberalidad de pensamiento. Luchó contra lo establecido por años y años de sometimiento al academicismo más rancio y conservador. Y rescató el castellano y sus orígenes de la esclerosis y de la rutina. Todo ello se relata en este estupendo libro. Muchos personajes pasan por la lectura de este libro y por la vida de Nebrija, hombres, mujeres, amigos, amores, enemigos, pero el que más destaca mi atención es Francesco quizás por las similitudes de la vida de Antonio con Dante y su ideal amor, Beatriz.

Las similitudes entre ambos son muchas, sus paralelismos evidentes. Quizás lo son para mí, por mi gran inclinación romántica y por la nostalgia que siento por aquello que no volverá una vez que fui conducido al paraíso… y expulsado. Porque detrás de este personaje se esconde la pasión de una mujer del Renacimiento por conseguir alcanzar la condición de médico.

Y las similitudes se multiplican ya que aparece en el libro la figura de Petrarca, ese gran humanista. Su inmortal amor imposible por Laura y, de nuevo, la culminación trágica a causa de la peste. Enseñanza nos da hoy en día leer cómo tuvieron que pasar esta terrible epidemia.

Antonio de Nebrija nunca olvidará a su Beatriz, a su Laura, que se grabará a fuego en su memoria durante el resto de su vida. Quizás esta parte del libro sea la parte más ficticia de su vida, pero es la parte más entrañablemente ficticia y la que da un aire romántico y renacentista a toda la obra. Si es ficción, bendita ficción.

La vida está relatada por su hija Francisca, a la que quizás dio nombre rememorando a su Francesca, hija ilegítima a la que prepara como académica de la lengua y que llega a ser profesora de la Universidad de Alcalá de Henares en el siglo XVI, algo totalmente inusual en aquellos tiempos y una de las primeras mujeres profesoras de universidad del mundo. Y aparece la Inquisición, maldición de nuestra historia, para atacar a uno de nuestros más insignes literatos, por el odio irracional de esos clericastros amargados, encargados y vigilantes de la supuesta integridad de la religión a la que contribuyeron a desprestigiar para siempre.

Recomiendo su lectura. Se lee como una novela casi de aventuras y nos sumerge en la vida de uno de los personajes más importantes de nuestra historia que suele pasar desapercibido ya que se dedicó a otro tipo de combate y ganó otro tipo de batallas con sus lecturas, su pluma, sus papeles y su gran inteligencia. Ejemplo para todos.

Satisfecho de nuevo, el gran gato negro da por bueno lo que he escrito y lo aprecia con un gesto de contento y un ronroneo apreciativo. Y, de nuevo, me recuerda cómo es posible que, entre nosotros mismos, los humanos, nos despedacemos con intrigas, envidias, inquisiciones y queramos hundir a los mejores de entre nosotros con un absurdo afán de enrasar forzadamente a todos y a todo. Y se adormila en mi regazo con ese aire de superioridad monárquica que le hace ser observador y distante. Siempre vigilante.

La kermés de Cándido

El mejor país del mundo

Cándido Dean

Les resultará de mal gusto, que les hable de política y economía en una columna tan cercana a la Navidad, y lo es, pero deben perdonarme de antemano y permitirme esta pequeña fantasía.

Anoche soñé que vivíamos en un país en el que nuestros representantes se respetaban entre ellos tanto, como respetaban las leyes y como respetaban el voto de quienes les habían otorgado el poder de la representación. Soñé con un país imperfecto, pero en el que todos arrimaban el hombro para salvar los diferentes problemas. Un país que tenía una voz única. Un país orgulloso de los suyos, de todos y de cada uno, incluso de aquellos a los que no vota, no sigue o no admira. Un país en el que las soluciones eran propuestas conjuntas, y nadie actuaba de corre ve y dile en instituciones supranacionales para arañar un puñado de votos. Soñé con un país que superaba las dificultades apoyándose unos a otros, sin dejar atrás a nadie. Un país en el que el beneficio de las empresas era secundario, y siempre en favor de los más necesitados. En definitiva, un país del que sentirse realmente orgulloso.

Les confesaré que al despertarme no pude deshacerme de ese orgullo de país, porque pensé en Inglaterra y su debacle post Johnson, en Italia y su extrema Meloni, en Francia y el estancamiento Macron (por poner ejemplos con los que siempre nos ha gustado flagelarnos), y sí, estamos francamente mejor. Algo se habrá hecho bien en los últimos años en nuestro país, y sí, podremos hacerlo francamente mucho mejor, porque para eso somos el mejor país del mundo.

Reseñas

Músicas del COSMOS. 2022

El pasado 24 de noviembre de 2022 se celebró en el Auditorio Ramón y Cajal de la Facultad de Medicina un magnífico concierto del Grupo COSMOS 21 en el que se pudieron escuchar obras de Carlos Galán, José Miguel Moreno Sabio, Rebeca Santiago, Tomás Bohórquez, María Radeschi, Alejandro Antón y Luis de la Barrera.

Tuvimos la suerte de contar en la sala con algunos de los compositores, de los que destacaremos el emotivo momento vivido con José María García Laborda, que explicó a los asistentes algunas de las claves de su obra EM, dedicada a su esposa, Marta, que sufre esclerosis múltiple.

El concierto fue una oportunidad magnífica de aproximarse a la música contemporánea, de la mano de un grupo con gran recorrido en la escena española y que sin duda es un referente para nuevos compositores e intérpretes tanto nacionales como internacionales.

Si deseas ver la grabación del concierto, pincha aquí.



Reseñas

"Raíces y alas" de Manuel Broullón



El profesor Manuel Broullón, gracias al Laboratorio *transmedia*, un proyecto de innovación docente de la Universidad Complutense de Madrid, nos trae un libro de relatos realizados por estudiantes de la Universidad para Mayores.

Bajo el título *Raíces y alas* se acumulan recuerdos, experiencias y también ficciones seleccionadas por el profesor y acompañados, estos relatos, un prólogo de la escritora Cristina Sánchez-Andrade Potter, que destaca la emoción que transmiten y que son, en definitiva, tan reales que permiten identificarse, "guarecerse en ellos".

Raíces y alas comienza con un pueblo tranquilo, pero transita por múltiples lugares, desde la India hasta la escalera de la calle Segovia. Desde unas gachas hasta una simple mirada. Desde el recuerdo de unas vacaciones con los abuelos a varios consejos, y un acertijo.

Es un libro hecho por una experiencia sosegada y que pretende dejar huella, permanecer. Un libro hecho con el cariño y la dedicación que sólo se le dedica a la pasión. Muchas gracias a todos los autores por su tiempo, su escritura y la generosidad de compartirla. Gracias al profesor Broullón por su iniciativa que, ojalá, no sea la última.

El casette

Tango

Mariano Dálnez

Aunque Carlos Gardel nació un 11 de diciembre en Toulouse, es probablemente (y con permiso de los futbolistas) el argentino más recordado y admirado. Nueve años más tarde, también un 11 de diciembre nació el director de orquesta y compositor Julio de Caro. Y esta es la razón por la que ese día Argentina celebra el día nacional del Tango.

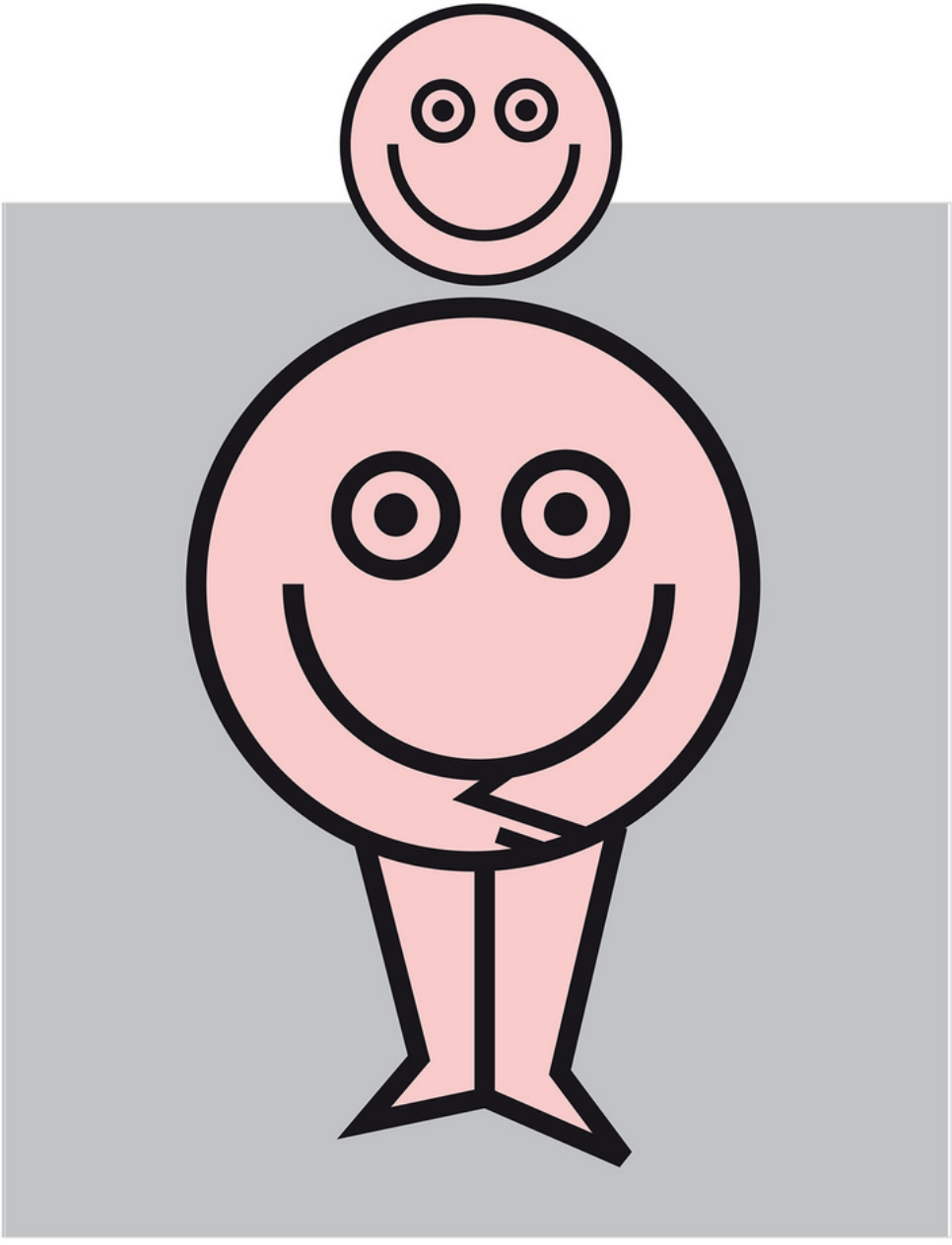
Hace ya muchos años que ambos fallecieron, y que nos dejaron temas maravillosos para el recuerdo, pero permítanme que yo eche en falta un mano a mano entre ambos más intenso, que llene nuestras actuales listas de YouTube o Spotify, quien lo tenga.

Como consuelo siempre nos quedará recordar el tango no sólo como un género musical, sino también como una danza sensual, que se apoderó del cine en aquella ya escena mítica de Esencia de mujer con Al Pacino y Gabrielle Anwar.



Ilustración: Glebakh

La viñeta...



JUNCO

La Universidad para Mayores
os desea una feliz Navidad



Tarjeta realizada por María Luisa Palanca Sánchez.
Ganadora del Concurso de Tarjetas de Navidad 2022.